

Carmen Amil

10 días
para

Navidad

10 días

para

Navidad

Título: 10 días para navidad

© 2017, Carmen Amil

© De los textos: Carmen Amil

Portada: Carmen Amil, Fausto González

ISBN:

1ª edición

Todos los derechos reservados

Para todos los que aman la navidad

Capítulo 1

14 de diciembre.

Me pasé muchos años presentándome con un “hola. Me llamo Christine y me encanta la navidad”. Me parecía una forma graciosa de romper el hielo y, además, era profundamente cierto. Era un poco como esa niña pequeña que disfruta poniendo el árbol año tras año y que llora cuando acaban las fiestas. Al menos, así era hasta que... todo cambió.

Recapitulando para tener un poco de contexto, puedo decir que todo empezó allá por el año 2007, cuando me enamoré de un chico del norte. Nos conocimos por casualidad un fin de semana, en pleno Picadilly Circus. Londres es mi ciudad natal y en la que vivía por aquel entonces, y él estaba allí de viaje de fin de carrera con unos amigos. Una “escapada de tíos”, dijo. En fin.

Era diciembre, hacía mucho frío y la ciudad estaba preciosa, como siempre. Llena a reventar de luces de colores y árboles de navidad por todas partes.

Los autobuses rojos se fundían con las guirnaldas azules que cruzaban las calles de lado a lado. Yo había ido al centro a pasear, sola.

Me apetecía respirar el aire frío y ver a la gente corriendo con sus bolsas de regalos de un lado a otro. Mientras esperaba para cruzar la calle, alguien me tocó el hombro. Al girarme, fue él quien me pidió que les hiciera una foto, en un inglés tan deplorable que me hizo sonreír. La saqué sin decir nada y le devolví el móvil para que comprobara las fotos. Cuando ya me iba, les hizo un comentario a sus amigos.

–Pues está buena, la inglesa esta.

Me giré, con la mano preparada a punto de guantazo.

–Gracias, imbécil.

No cupo en sí de asombro, pero claro, ¿cómo iba él a saber que iba a

pedirle una foto a la hija de una española afincada en Reino Unido? Me pidió perdón una y mil veces más y luego me invitó a cenar, para compensar su mala educación. Mientras cenábamos en una taberna, habló de su tierra. Dijo que vivía en un pueblo aislado en las montañas del norte de España. Me enamoraron las descripciones que hacía de aquel lugar, el verde nevado con el que adornaba sus historias y el olor a castañas que impregnaba todos sus recuerdos. Supe que estaba perdida antes de que nos despidiéramos y me pidiera el número de teléfono.

El siguiente año fue una locura, pero una locura preciosa. Colgados hasta las tantas del Skype, esa tecnología que tantas relaciones a distancia ha salvado, hacíamos planes de futuro. Yo, que estaba acabando la carrera, alterné los estudios con mi primer trabajo: camarera en una cafetería cerca de Trafalgar Square. Me harté de poner chocolates y té todas las tardes, pero a través de mis ojos de joven enamorada todo merecía la pena. Fran, como así se llamaba mi chico, vendría en semana santa, así que a mí me tocaba ir a verle en verano. Dejé de salir y ahorraba cada libra y cada penique que ganaba para poder pagarme las vacaciones en su pueblo del norte.

Aguantamos así siete años más. SIETE. Siete años de idas y de venidas, de despedidas que cada vez me sabían más amargas, siete años de lágrimas en el avión o en la puerta de embarque. De maletas a medio deshacer y fines de semana a contrarreloj en algún hotel rural de su pueblo porque aún vivía con sus padres. O en algún hotel cutre a tres cuartos de hora del centro de Londres, porque yo también vivía con los míos. Así que un día decidí dejarlo todo e irme con él. Puede sonar un poco a enajenación mental transitoria, pero es que yo no aguantaba más y creí, ingenuamente, que él tampoco. Había ahorrado mucho dinero en aquellos años de trabajos temporales, por lo que de un día para otro hice la maleta, me despedí de mis padres y mi hermano, Caleb, con todo el dolor de mi corazón y me fui al aeropuerto. No

le había dicho nada a Fran, porque quería darle una sorpresa. Tardé varias horas en llegar a su pueblo perdido entre montañas porque comenzaba a nevar y al autobús le costaba circular por las carreteras estrechas. Digo carreteras por llamarlas de alguna forma. También era diciembre. Todo en mi vida parecía estar ligado al maldito mes de diciembre.

Finalmente llegué al pueblo de Fran algo mareada pero exultante, con la maleta a reventar y el estómago encogido ante la perspectiva de una nueva vida. Encontré a mi chico en el bar que había enfrente de la casa de sus padres. Estaba con su mejor amigo, con el que yo ya había coincidido en alguno de mis viajes para ver a Fran. Estaban apalancados tomando una cerveza. Los vi a través de la cristalera y quise emular una peli americana, así que abrí la puerta de golpe, tiré la maleta y abrí los brazos. Esperaba, no sé, un grito histérico, una carrera para abrazarme. Cualquiera cosa. Sin embargo, él me miró desconcertado, pero no se movió de la barra.

–¿Qué haces aquí?

Vale, no era la respuesta que esperaba, pero creí –inocentemente– que era fruto del shock. Dejé caer los brazos y mi dignidad y me acerqué a ellos.

–Alberto, ¿puedes dejarnos solos un momento? –le pedí a su amigo.

–Eeeeh, claro.

Se fue sin despedirse ni decir nada más. Empezaba a mosquearme.

–¿Qué haces aquí? –repitió.

De pronto me sentí idiota. Casi no me atrevía a contarle mis planes, pero al final se lo solté a bocajarro.

–No aguanto más, Fran. Vengo para quedarme aquí, contigo.

–Ah.

Jamás justificaré un asesinato, Dios me libre. Pero si en aquel momento hubiera tenido a mano cualquier objeto contundente...

–No te emociones tanto, no vaya a darte un infarto.

–Lo... lo siento, Christine. No me lo esperaba.

Se me cayó el alma a los pies. Y la cosa nunca mejoró. Yo me instalé temporalmente en una casa rural de por allí, minúscula pero acogedora. Doña Aurelia, mujer cuasi redonda que rondaba los mil años y era la propietaria del negocio, se convirtió en una especie de amiga y confidente para mí. Con ella compartía los escasos avances de mi relación y unas buenas tazas de chocolate caliente al fuego de la chimenea que la casa tenía en el salón común. Cuando comenté la posibilidad de alquilar un piso en la zona porque aquella habitación me estaba saliendo por un ojo de la cara, doña Aurelia me comentó que quería jubilarse. Sus hijos se habían ido a la ciudad y ella se moría de pena al pensar que su casa iba a quedar expuesta a “cualquier mangante del negocio del turismo que me haga un monstruo con ella”. Palabras textuales. Me propuso traspasarme el negocio donde, además, podía vivir, puesto que la buhardilla era una pequeña vivienda privada. Ya era casi navidad, así que volví a casa para pasar las fiestas en familia. Durante aquellas dos semanas en Londres eché cuentas como una loca, pero, al final, me lancé. Como creía que lo mío con Fran era sólido y el negocio parecía estar funcionando bien, aquello me parecía una buena forma de empezar algo estable. Aunque implicara emprender un negocio, alejarme de mi familia y empezar una vida nueva.

A la vuelta gestioné el papeleo para empadronarme, hacerme autónoma, traspasar el negocio y todos esos trámites aburridos pero necesarios. Trabajaba horas y horas: Madrugaba para preparar los desayunos artesanales que doña Aurelia me había enseñado a hacer, con sus bizcochos caseros de chocolate y naranja, panes tostados, mermeladas cocinadas a fuego lento y café negro como un pozo de carbón. Pasaba las mañanas enteras entre gestiones de reservas y cursos de marketing online para aprender a manejar redes sociales y portales web de turismo rural. Las tardes las tenía más libres,

así que me dedicaba a hacer pequeñas reformas. La casa tenía, en total, seis habitaciones, a las que bauticé con el nombre de varias películas navideñas y decoré acorde a la temática. “El Grinch”, habitación triple que pinté de verde, solía ser la más demandada. Y la que más me recordaba a Fran, que nunca apareció por allí. A medida que pasaron los meses me costaba más arañarle minutos de su tiempo a pesar de vivir a escasos metros, y yo apenas podía gestionar el mío. La casa era siempre un hervidero de gente: En verano se llenaba de turistas fanáticos de la paz y el cine navideño, en otoño triunfaban las fiestas que organizaba, una mezcla de Halloween, jornadas gastronómicas y la siempre presente navidad. Fran, mientras tanto, desaparecía varios días al mes. Siempre alegaba que tenía entrevistas de trabajo en Madrid o Valencia. Sin embargo, cuando tiempo después le preguntaba si sabía algo de tal o cual trabajo, nunca recordaba haber hecho ninguna entrevista. Nunca comimos con sus padres ni, en general, salíamos de mi casa, y nuestra vida social como pareja se reducía a nosotros mismos, cosa que achaqué a lo tímido que era.

No le di mayor importancia hasta las navidades anteriores. Como a aquel pueblo sólo llegaba gente que necesitaba paz y desconexión, diciembre se convertía en temporada alta en mi casa rural de las afueras, que se había ganado por sí misma el apodo de “La casa de la navidad” y se había convertido en un destino popular. Por eso, mis padres y mi hermano se decidieron a venir a pasar las fiestas conmigo. Así podrían estar conmigo a pesar de estar desbordada de trabajo. Bloqueé para ellos El Grinch y decoré la casa entera con las mejores galas. Estaba emocionada por la navidad, pero también porque, por primera vez, yo era la anfitriona en mi casa. Iluminé el exterior entero, contabilizando mentalmente el recibo de luz astronómico que me iba a llegar cuando acabaran las fiestas. Incluso puse renos luminosos (y horteras a rabiar) en el jardín. Me encargué de que la chimenea estuviera

encendida permanentemente y coloqué en el centro del salón el árbol – artificial, eso sí– más grande que encontré y que casi rozaba el techo. No pude recargarlo más, lleno a reventar de bolas y espumillón dorado que tuve que colocar subiéndome a una escalera. Coloqué mazapanes y turrónes en el mostrador de recepción y guirnalda envolviendo las vigas de madera. Estaba decidida a que fueran unas navidades especiales, con mi familia y mi chico, a pesar del año en franca decadencia que habíamos tenido. Yo soy una firme defensora de que el espíritu navideño une a las personas.

Pero no fue así. Al volver de recoger a mi familia en un coche minúsculo que alquilé para la ocasión, vi a Fran en el bar del pueblo. A través de la ventana me di cuenta de que estaba con una chica que, obviamente, no era yo. Le rodeaba la cintura mientras sus padres la saludaban con efusividad. Yo bajé del coche y me acerqué a la misma cristalera a la que me había pegado el día que llegué a aquel pueblo. Fran, como si hubiera detectado mi presencia, miró por encima del hombro hasta que sus ojos se cruzaron con los míos. Le vi pedir un momento a su acompañante y salió, con las manos en los bolsillos.

–Lo siento, Christine –mintió.

–Pero qué... ¿Quién es ella?

–Es Laura. Es mi novia.

–Tu... ¿qué? ¿Perdona? Hubiera jurado que tu novia soy yo.

–Lo siento –repitió.

No necesitaba más explicaciones. Entendí de golpe por qué se iba varios días al mes y por qué nunca quería salir de casa ni presentarme a sus padres.

–¿Cuánto tiempo? –No podía siquiera articular una pregunta decente.

–Cinco años.

¿Sabéis esa sensación como si te hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago? Pues más o menos así.

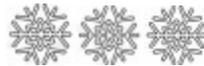
–¿¿¿Cinco años??? ¿¿¿Pero qué mierda me estás contando, Fran???

De pronto me di cuenta de que me estaba agarrando la muñeca y me revolví, para poder soltarme y entrar al bar a contarle a aquella pobre incauta quién era realmente su novio.

–Christine, espera. Acabo de pedirle matrimonio. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, pero te prometo que en cuanto se acaben las fiestas me iré con ella y no volverás a verme, así que... –Me miró, suplicante-. Guárdame el secreto. Por favor.

–Diez años de relación no son un secreto, Fran.

Sí, debí entrar y avisar a aquella pobre chica. Pero sólo quería irme a casa, con mi familia, y odiar al maldito espíritu navideño. Era nochebuena y yo tenía el corazón roto en mil pedazos.



Miré de reajo el calendario que colgaba tras de mí, volviendo al presente. Mi ex había cumplido su promesa: tras dos semanas encerrada en mi casa para no verles pasear cogidos de la mano, se fueron y no volvieron nunca más. Hacía casi un año de aquello. Aún escocía, así que no pensaba ni siquiera sacar los adornos del árbol. Le iban a dar por saco a la navidad. Renuncié a irme a casa, a Londres, y les dije a mis padres y Caleb que tenía mucho trabajo como para recibirles.

Consulté el reloj. Ya eran las seis de la tarde y sólo quedaba por llegar un último cliente, así que poco más me quedaba por hacer, salvo esperar a que llegara. Cogí el libro que estaba leyendo de debajo del mostrador y me acomodé en un sillón del salón. Hacía frío, porque había caído una pequeña nevada, pero yo me negaba a encender la chimenea. Todo eran pequeños actos de rebeldía contra mi pasado. Me tapé con una manta y me enfrasqué en la lectura. Más tarde, el sonido de la campanilla de la puerta me avisó de que por fin había llegado el último huésped. Me desperecé a regañadientes, dejé el libro abierto sobre el sillón y me acerqué al mostrador. Allí esperaba un hombre de pelo castaño, embutido en un traje azul marino que estaba plagado aquí y allá de copos de nieve.

–Buenas tardes –saludó–. Soy Jaime. Tengo una reserva.

Clavé la mirada en la pantalla (como si tuviera que buscarle entre la inmensidad de clientes que esperaba para aquella tarde), y aproveché para echarle un vistazo de reajo. Era guapo de remate, con su barba de tres días a juego con su pelo castaño y sus ojos oscuros y achinados.

–Aquí tienes. –Le tendí la llave, grande y con un pesado llavero de madera–. Tienes la habitación “Solo en casa”. Primer piso.

Señalé las escaleras que estaban al fondo, enfrente del mostrador, y él frunció el ceño mientras recogía la llave. Comprobó mi nombre en la plaquita que llevaba colgada en el pecho gracias a un imperdible.

–Vaya, que habitación tan apropiada. Gracias, Christine.

Ahogué una risa al darme cuenta de que, efectivamente, viajaba solo y llevaba una maleta minúscula. Mientras se alejaba cotilleé su ficha de reserva. Iba a estar allí hasta el día de nochebuena. Once días enteros. Era raro, porque normalmente la gente solía quedarse dos o tres días. Como mucho. A fin de cuentas, tampoco había mucho que hacer por aquella zona. Me encogí de hombros y regresé a mi sofá de lectura.

No tuve ni diez minutos de tranquilidad. Cuando estaba empezando a sumergirme de nuevo en mi libro, unos pasos detrás de mí me sacaron de mi universo paralelo. No levanté la cabeza.

–¿En qué puedo ayudarte?

–Ni siquiera has mirado para comprobar quién soy.

–Ni falta que me hace. El resto de mis clientes se componen básicamente de familias, y los pasos de los niños corriendo siempre preceden a sus padres.
–Levanté la vista, por fin, del párrafo que estaba leyendo–. Hola de nuevo, Jaime. Dime, ¿qué necesitas?

–Eh... Yo... –Paseó su mirada por el salón, como buscando fuerzas. O quizás sólo quería evitar que sus ojos se cruzaran con los míos–. Es que...

–Estoy aquí para hacer tu estancia lo más agradable posible. Cuéntame qué necesitas con total confianza. Aquí soy casi un cura confesor –afirmé.

–Es que mi habitación no está decorada como se supone que debería estar.

–¿Cómo dices?

–Bueno, verás, hace un tiempo se alojó aquí mi hermana, con su novio, que ahora es su marido, aunque supongo que no es de tu interés.

–Ajá. Ya. Mira, te voy a interrumpir porque ya sé por dónde van los tiros. Has venido aquí porque tu hermana te ha hablado de la decoración navideña, del encanto especial de este sitio, y tú has venido aquí a impregnarte del espíritu navideño antes de volver a casa por vacaciones. Y lo entiendo y

lamento profundamente las expectativas que te hayas podido formar, pero este año no habrá ni luces, ni árbol, ni chocolate caliente. Lo siento.

–No es...

–Si deseas cancelar la reserva en cualquier momento, no te cargaré el importe de las noches que canceles. Lo siento, de verdad.

Jaime asintió con un leve movimiento de cabeza y se giró para irse a su habitación, subiendo por las escaleras del fondo, que estaban enfrente del mostrador. Una vez sola, volví de nuevo al pasado. Concretamente al día en que quité todos los adornos el día veinticinco de diciembre y conservé tan sólo los nombres de las habitaciones como una especie de autoflagelación personal, aunque no el cartel del exterior que rezaba que aquella era la casa de la navidad. Destrozada como estaba, fue en ese mismo momento en el que yo misma me transformé en el Grinch. Lo sentía por Jaime, pero ese año la Navidad no iba a llegar a Villa Christine.

Capítulo 2

15 de diciembre.

El despertador sonó demasiado pronto. Había dormido fatal debido a la ola de recuerdos que se había apoderado de mí el día anterior y aquella mañana me quedé mirando un punto fijo de la pared durante, al menos, quince minutos enteros. Tardé otros diez en encontrar un calcetín que había dejado tirado por el suelo. Y al menos cinco más en localizar a su compañero, que había decidido esconderse debajo de la mesita. Me desperté decidida a que la nostalgia no acabara conmigo, pero la pereza era otro cantar. Levantar un negocio sola, a veces, es demasiado duro como para no necesitar una buena taza de café muy cargado. Aunque acarree una taquicardia a juego con ella.

Aún era de noche. Mientras le daba pequeños sorbitos a mi café bien cargado, bajé a montar el desayuno. El año anterior me había pasado todo diciembre preparando desayunos especiales acorde a la época que se acercaba. Bizcocho de castañas recién hecho, galletas de jengibre, cacao puro, y hasta roscones caseros y mazapanes que preparaba el día anterior. Incluso había comprado una de esas casas de jengibre que coloqué al lado de todo lo demás. El comedor, al que se accede por una puerta del salón de la chimenea, estaba adornado acorde al resto de la casa, y cada una de las cinco mesas que tenía llevaba un centro de mesa que había creado con un tocón de madera, musgo, una poinsettia roja y bastones de caramelo.

Pero este año prefería dormir más y cocinar menos.

Encendí la luz del pequeño comedor. Las mesas, de madera desnuda, sólo tenían encima un mantel blanco. Coloqué uno similar en las mesas alargadas del fondo, donde servía el bufé. Entré en la minúscula cocina adyacente y preparé cuatro cosas: unas magdalenas de bolsa que coloqué en un cuenco, mantequilla y mermelada que me vendió una vecina del pueblo a precio de risa y que coloqué de cualquier manera en un plato. Preparé una jarra de café

y salí a recoger el pan que el panadero colgaba en la bolsa de tela que colgaba en la puerta. Lo coloqué junto a todo lo demás. Así iba que chutaba. Cuando terminé eran casi las siete y media, así que dejé la puerta abierta y me refugié detrás del mostrador para poder fingir que estaba ocupada trabajando. Me daba cierta pena a mí misma.

Los primeros en bajar fueron los componentes de una familia que tenía dos hijos pequeños y revoltosos que me dejaban el comedor manga por hombro. Suspiré al pensar en recoger aquello. Ojalá me hubiera podido permitir tener a alguien trabajando conmigo para repartir ciertas tareas. Volví a mi libro, que escondía sobre mis piernas. Un carraspeo me interrumpió.

–Perdona.

Levanté los ojos y allí estaba Jaime, de pie con los brazos cruzados sobre un jersey negro de cuello alto que le quedaba demasiado bien.

–¿Sí?

–¿Puedes decirme dónde está el comedor?

–Ajá. –Estiré una mano en dirección al salón–. Al fondo del salón hay una puerta. Allí está.

–Gracias.

Asentí y seguí a lo mío, pero... No podía concentrarme bien. Qué guapo era el condenado. ¿Cuántos años tendría? Un momento, ¿en qué página estaba? No me había enterado de nada de lo que había leído en los últimos minutos. Pobrecita de mí, un año sin saber nada de los hombres y en cuanto aparecía un chico mono perdía la concentración. Con lo bien que estaba yo sola después de tantos años con el idiota de mi ex... Sacudí la cabeza y retrocedí varias páginas, porque no me estaba enterando de nada. Sin embargo, justo en ese momento volví a escuchar el carraspeo. Jaime volvía a estar allí, esta vez con las manos a su espalda. Miré el reloj, asustada, porque pensé que llevaba allí media hora dándole vueltas a la cabeza. Por suerte, no

fue así. Sólo habían pasado un par de minutos.

–¿Pasa algo? –pregunté, y cerré el libro.

–Sí.

Esperé, pero no dijo nada más. Qué chico tan rarito.

–¿Y ese algo es...?

–El desayuno.

–¿No es de tu agrado?

–No.

Vaya por dios.

–Bueno, en la cafetería del pueblo ponen bocadillos. Los de pollo están deliciosos. Y es un sitio muy barato.

–No quiero ir a la cafetería del pueblo.

Suspiré. Ahí venía de nuevo el *temita*, lo veía venir.

–¿Qué necesitas, Jaime?

–Mi hermana...

–Creo –le corté–, que ayer fui bastante clara. Aquí ya no hay espíritu navideño. Lo siento.

–Sí, ayer fuiste bastante clara. Sin embargo, aún así me esperaba... no sé. Algo. –Sacó sus manos de detrás de su espalda y zarandeó una magdalena delante de mi cara–. Desde luego no me esperaba magdalenas de fábrica, la verdad.

–Si quieres podemos ponerle nata montada por encima para que parezca que te estás comiendo un *cupcake*.

Sí, estaba malhumorada. Se suponía que yo sabía cómo gestionar mi negocio y no me gustaba que me dieran lecciones con todo lo que iba mal. Jaime frunció el ceño, lo que convirtió sus ojos achinados en una raya fina. Dejó la magdalena encima del mostrador y se fue escaleras arriba. Estaba claro que no le gustaba discutir y a mí no me gustaba cómo me hacía sentir,

así que tampoco le di más importancia. Sin más, esperé a que el resto de los clientes terminaran de desayunar y dediqué un buen rato a recogerlo todo. Aproveché para hacer una limpieza general, algo que siempre me relajaba mucho, para intentar quitarme de la cabeza todas las cosas que me rondaban desde el día anterior. Me concentré en dejar cada rincón impecable y luego me quedé en el centro del salón, escoba en mano, pensando si aquella era la vida que yo habría elegido si las circunstancias hubieran sido distintas. Deseché la idea; no servía de nada darle vueltas. Era mi elección y debía ser consecuente con ella.

Comí refugiada en mi buhardilla. Echaba de menos cosas estúpidas, como salir a comer o cenar. No es que no pudiera, porque una vez alojados todos los clientes no era necesaria mi presencia allí veinticuatro horas al día, pero ni me sentía cómoda, ni tenía con quién quedar, ni había en aquel pueblo ningún restaurante al que me apeteciera ir. En realidad, sólo había uno aparte del famoso bar, y durante el primer año ya había probado la carta entera. Cosas del fin del mundo, supongo. Total, que comí delante de la tele, me enchufé a una reposición de *Friends* y descansé hasta las cinco. Aburrida, volví a recepción.

Jaime me esperaba allí, con cara de pocos amigos y un portátil en la mano.

–¿Ahora qué pasa? –pregunté de malas formas.

–Para ser la dueña...

–Ya, ya. Qué poca educación y bla, bla, bla –contesté, harta de tener que darle explicaciones una y otra vez al mismo tío–. ¿Qué necesitas, Jaime?

–Faltan diez días para navidad.

Eché un vistazo al calendario. Era cierto, estábamos ya a quince de diciembre. Qué rápido pasa el tiempo.

–Vaya. Gracias por venir a darme esa información tan importante.

–Oye, guapa, ¿hablas algún idioma que no sea el del sarcasmo?

–No.

Suspiró, dejó el portátil sobre el mostrador y se rascó la barba con la mano izquierda.

–Vengo en son de paz.

Yo juro que no entendía nada. Que rarito era aquel chico.

–Oye, Jaime, ¿me vas a decir qué necesitas, o...?

–Como te iba diciendo antes de que me interrumpieras, faltan diez días para navidad.

–Eso ya me ha quedado claro.

–¡¡¡¡¡Pero es que no puedes estar un rato calladita, por amor de dios???!!!

Tuve que morderme la mejilla para no reírme ante aquella tímida explosión. Jaime era tan modosito que empezaba a hacerme mucha gracia pincharle para ver hasta dónde podía aguantar. Asentí con la cabeza mientras continuaba luchando para no soltar una sonora carcajada. Él cogió aire con fuerza antes de continuar.

–Quiero devolverte el espíritu navideño.

Perdí de repente las ganas de reírme. No pregunté, no hice ningún gesto, ni me moví, hasta que él se impacientó y se cansó de esperar a que contestara.

–He pensado que – añadió–, dado que por alguna extraña razón has perdido el espíritu navideño a pesar de que sé de primera mano que hace tiempo podrías haber sido la alcaldesa de la aldea de Papá Noel en Laponia, quiero ayudarte a recuperarlo.

–¿Y a ti quién te ha pedido exactamente que me ayudes a recuperar nada?

–gruñí, de mal humor.

–Nadie. Lo hago por iniciativa propia. Faltan diez días para navidad, así que son diez ocasiones distintas para recordarte lo maravillosas que son estas fiestas. –Cogió el portátil de encima del mostrador y lo zarandeó delante de

mis narices—. Hoy vamos a ver una peli.

—No.

—No, ¿qué?

—Que no quiero.

Jaime bufó, desesperado.

—No seas necia, dame una oportunidad.

—Es que no me estás pidiendo una, me estás pidiendo diez. Bueno, nueve en realidad, porque hasta donde yo sé, te vas en nochebuena.

—Bueno, pero hoy sólo tienes que hacer una cosa conmigo.

En ese momento fui yo la que bufé. Si cedía, la puñetera navidad me abriría heridas que ya habían cicatrizado. E incluso aunque fuera capaz de superar la ruptura y todos los recuerdos negativos sobre las fiestas asociados a ellas, él se iría el día veinticuatro y yo volvería a quedarme sola. Otra vez, y otra vez en navidad. Tragué saliva para mantener el tono firme.

—He dicho que no.

—Está bien. Sólo hoy. Una peli, no te pido más.

—¿No vas a dar el brazo a torcer?

—No.

—Está bien. —Me rendí, y alcé las palmas de las manos sobre mi cabeza—. Una peli, y me dejas en paz. En el salón, nada de meternos ni en tu habitación ni en mi buhardilla. Miedo me da que seas un perverso o un asesino en serie.

Jaime esbozó una sonrisa triunfal y nos dirigimos al salón. Mientras llegamos y colocaba su portátil sobre una mesa discutimos sobre qué película queríamos ver. En otros tiempos yo había sido bastante cinéfila, pero reconozco que cuando hablamos de cine navideño tengo una extraña obsesión con las películas más cutres que emitan en la parrilla televisiva de la sobremesa... y no tanto con buen cine. Al final, y tras arduas negociaciones,

conseguimos llegar a un acuerdo.

–Pero, ¿cómo que no has visto *Love Actually*, alma de cántaro?

–Ya te lo he dicho, Jaime. Yo siempre he sido más de la Señora Milagro.

–Es probable que seas el único ser humano sobre la faz de la tierra que no la ha visto, ¿eres consciente de ello?

–Y seguramente también sea la única fan que existe de la Señora Milagro. Dale al *play* y déjame en paz.

Nos arrellanamos cada uno en un sofá, con una manta porque yo me negué en redondo a encender la chimenea, y no dijimos esta boca es mía casi hasta el final. La estaba disfrutando mucho, me encantaba el niño que hablaba de la desgracia de estar enamorado y, bueno, Colin Firth, que es un señor que siempre me ha parecido muy atractivo. El problema vino con la famosa escena en la que el mejor amigo de un chico aparece en la puerta de su casa con unos cuantos carteles para declararse a la novia de este. Se me puso un nudo en la garganta que se apretó aún más cuando la vi salir corriendo para besarle.

–Pero... ¡que tiene a su novio en casa! –grité.

Jaime me miró, sorprendido, y se echó a reír.

–Pero mujer, si es muy tierno.

Le fulminé con la mirada.

–Si unos cuernos te parecen tiernos, yo no tengo nada más que hablar contigo.

Y me fui escaleras arriba, con toda la dignidad del mundo. Eso sí, acabé de verla sola en mi cuarto, porque quería saber si al final el niño enamorado se quedaba con su chica.

Capítulo 3

17 de diciembre.

Rutina. Esa enemiga que se empeñaba en hundir mi moral y la convertía en unas ganas irreprimibles de quedarme a dormir en mi cama calentita hasta el día siguiente. ¿Cuándo había sido la última vez que no había madrugado? Maldije mientras echaba cuentas mentalmente y me levantaba a regañadientes. Salí de mi buhardilla y bajé a la recepción en silencio, para no despertar a mis inquilinos. Repetí el ritual de todos los días: preparar desayuno–recoger–limpiar. Tenía un nudo en el estómago desde hacía dos días. Aquella maldita película. Claro, Jaime no sabía de mi experiencia, pero para mí la infidelidad en cualquiera de sus formas me provocaba sarpullidos. Estaba claro que su plan había sido un fracaso, y por eso no había aparecido el día anterior. Y eso que él no sabía aún que a mí a cabezota no me gana nadie. Maldito Jaime, malditos sus ojos achinados y maldita su barba de tres días. Esa que le quedaba tan bien.

Sacudí la cabeza. Había terminado de limpiar pensando en él y me había puesto nerviosa. Y, claro, menta al diablo...

–Hola –saludó Jaime desde la escalera.

–Mpf –gruñí yo como respuesta.

Jaime frunció el ceño. Sostenía en la mano un folio y lo alzó sobre su cabeza, como si fuera una bandera blanca en son de paz. Yo me parapeté detrás del mostrador de recepción. Me estaba acostumbrando a utilizarlo como una especie de frontera entre el mundo y yo a una velocidad vertiginosa. Él bajó el último peldaño y se acercó despacio, como quien teme espantar a un corderito que pasta tranquilamente.

–Hola –repitió.

–Hola. ¿Puedo ayudarte?

–Sí. Quedan ocho días para navidad.

De repente me dieron ganas de estamparle el teclado del ordenador en la cabeza. Nunca en mi vida había tenido un cliente más pesado e insistente.

–Ay, señor –suspiré–. Creí que había quedado claro. Te dije que tragaba con el plan de del otro día, y no funcionó. ¿Tanto te cuesta dejarlo estar?

–Es que lo del otro día no cuenta.

–¿Cómo que no cuenta? ¡Claro que cuenta!

–No acabaste de ver la peli.

Bueno, sí que la había acabado, sólo que lejos de él y odiando a Keira Como–se–llame a muerte y en silencio. No quise admitirlo, claro, porque iba en contra de toda mi dignidad.

–No recuerdo haber firmado ninguna cláusula que dijera que, de no acabar la peli, te daría a ti carta blanca para seguir insistiendo con el tema.

–El caso es –contestó, ignorándome abiertamente–, que no has puesto decoración navideña...

–Dios mío, vivo en el Día de la Marmota.

–...Y eso podría afectar a tus reservas, críticas e incluso reputación online. Parpadeé. Y mordí el anzuelo, claro.

–No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

Extendió delante de mí los folios que llevaba en la mano. Eran capturas de pantallas de páginas de reservas, críticas de buscadores y hasta opiniones en redes sociales. Había varias del año en que convertí la casa en la aldea de la navidad y otras tantas de ese año, donde algunos clientes escribían para todo el que lo quisiera leer que no había cumplido sus expectativas. Aquel tío que debía ser descendiente directo de Papá Noel tenía razón.

–Ya veo.

¿He hablado ya de lo muy cabezota que soy? Pues no me daba la gana de darle la razón.

–Venga, Christine. No seas rancia.

–Está bien –refunfuñé, porque hasta yo entendía que necesitaba que mis clientes hablaran bien de mí–. Pondré el árbol.

–¿Cuándo?

–Pues no sé. Qué más da.

–¿Y si lo ponemos juntos esta tarde?

–No.

–Empiezo a pensar que me dices que no a todo por deporte.

–No. –Sonreí.

–¿A las seis?

Sonreía, y sus ojos se habían convertido en aquella línea fina que tanta gracia me hacía. Así que en esa ocasión no pude decir que no.

–Está bien, pero a las seis ya será de noche.

–Mejor, así probamos las luces.

–Sólo el árbol –supliqué.

Asintió y se fue. Yo, de repente, tenía mal cuerpo. Los adornos no estaban en aquella casa, ni siquiera los quería bajo el mismo techo que yo. Los tenía a buen recaudo Amparo, la dueña del bar del pueblo. O eso me había prometido ella cuando me encontró en estado de shock sacándolo todo por la puerta. Yo gritaba que iba a tirarlo todo y ella, que es muy sabia, me dijo que en ese estado no se pueden tomar decisiones. Y en un tira y afloja que acabó ganando ella, se lo llevó todo sin que yo quisiera verlo.

Suponía que me había creado una especie de trauma que asociaba con aquella época del año, pero intenté racionalizar. Era absurdo asustarme por unas cuantas bolas de colores y un abeto artificial. Piqué algo de pie en la cocina y decidí ir a tomarme el café al bar para poder hablar con Amparo, así que puse el cartel de “volveré en seguida” en recepción y salí, con el corazón agitado.

Entré al bar cinco minutos después y me froté las manos, porque fuera

seguía haciendo frío, aunque ya se había derretido la nieve. Detrás de la barra estaba Juanjo, el marido de la dueña, que rondaba ya los setenta y que se tomaba un vaso de vino por cada uno que servía.

–Hola, Juanjo –saludé–. ¿Está Amparo por ahí?

–Sí. –Se volvió hacia la puerta que daba a la cocina y empezó a gritar–. ¡¡¡Amparitooooo!!! ¡¡¡Pregunta por ti la niña inglesa!!!

Me eché a reír mientras Amparo salía a recibirme. Llevaba un trapo enganchado en la cinturilla con el que azotó a Juanjo al pasar.

–¡En este bar no se grita! –le increpó, por supuesto, entre gritos–. ¡Hola, Cristina!

Juro que me pasé un año entero intentando hacerla comprender que mi nombre es Christine y no Cristina, pero nunca hubo forma de hacerla entrar en razón y al final yo acabé por claudicar.

–Buenas tardes, Amparo. ¿Cómo estamos hoy?

–Cuarenta y tres años llevo casada ya con este. –Volvió a arrear a Juanjo con el trapo de cocina–. Así que cada día un poco más amargada que el anterior.

Se sonrieron con ternura y yo... yo quise que se me tragara la tierra.

–Me alegro. Voy a ir al grano, porque he dejado la casa sin supervisión y...

–Tienes que buscarte un ayudante. Que sea joven y guapo.

–Algún día, cuando mejore la economía. –“Y en este pueblo haya alguien que tenga menos de ochenta años y quiera trabajar”, añadí mentalmente–. En fin, que me preguntaba si tienes por ahí guardados mis adornos de navidad.

Elevó las cejas hasta que se perdieron bajo el flequillo canoso, pero fue la única muestra de sorpresa que dio, de tan cauta como era.

–Claro, cariño. Las tengo en el almacén de atrás. Ven.

Allí dentro estaban el árbol gigantesco, las figuras, las guirnaldas de luces,

los adornos. Todo envuelto y apagado, como en un recuerdo de lo efímero de esa época. Y de otras tantas, en general. Como de haber sido anfitriona o de haber soñado con el amor de verdad. Ese año ni siquiera había dejado que vinieran mis padres y mi hermano. Tragué saliva para intentar aflojar el nudo de mi garganta.

–Gracias –murmuré.

–Toma, la llave. –Me la tendió y apretó mi mano–. Cierra cuando acabes, ya me la devolverás mañana.

Se fue porque entendió que debía dejarme sola. Me quedé un par de minutos allí quieta, con la mirada clavada en aquella especie de cementerio navideño. Luego mi parte práctica se apoderó de mí. ¿Cómo demonios iba a llevar yo sola aquel árbol gigantesco a mi casa y qué alma del diablo consideró necesario que no fuera desmontable? Barajé la posibilidad de que Juanjo, el del bar, me ayudara, pero luego temí que fuera a darle un infarto. Ni siquiera entendía muy bien cómo había podido sacarlo yo sola a la calle, pero creo que estaba bajo el influjo de la adrenalina y ya se sabe...

Jaime pasó por allí cuando yo comenzaba a tirar de forma infructuosa (y bastante penosa, dicho sea de paso) de la maceta con tierra falsa en la que venía colocado aquel armatoste. Hubiera pensado que era una broma cruel del destino si no fuera porque aquel condenado pueblo era minúsculo. ¿Dónde iba a estar si no? Fingí que no le veía y seguí tirando de la maceta mientras se acercaba con una bolsa del único supermercado que había por allí.

–Hola –saludó, cuando llegó a mi altura.

Iba a contestar de forma educada, pero me lo impidió el esfuerzo, así que me limité a gruñir.

–¿Te ayudo?

–No. Puedo sola.

Jaime asintió y se sentó en el suelo con una sonrisa de superioridad en los

labios. Estuvo así durante diez minutos, hasta que se aburríó.

–Bueno, ha estado bien –dijo al levantarse–. Calculo que lo has desplazado, al menos, treinta centímetros.

–De verdad, no te aguanto.

–Déjame ayudarte.

–No.

–Creo que fue Unamuno el que dijo aquello de “no sé de qué se trata, pero me opongo”. Tú debes de pertenecer a su escuela.

–Y me preguntabas si yo hablaba algún idioma que no fuera el del sarcasmo –gruñí, mientras seguía tirando de la maldita maceta.

–Es que al ritmo que vas no acabarás antes de las seis. Y habíamos quedado, ¿recuerdas?

–¡¡¡Jaime, por dios, déjame vivir!!!

Se echó a reír. Y me ignoró, por supuesto. Se colocó en el extremo opuesto a mí, y mientras yo tiraba de espaldas hacia la casa, él empujaba con fuerza. Aún sostenía la bolsa de la compra. No es que fuera ningún portento de la naturaleza ni nada similar al increíble Hulk, pero lo cierto es que, al final, conseguimos llegar y colocarlo en el centro del salón. Lo miré con orgullo, alivio y unos preocupantes pinchazos en los bíceps. Ya me dolían las agujetas del día siguiente.

–Faltan los adornos –comenté, de mal humor por culpa del cansancio.

–Con esos puedes tú sola. Voy a hacer unas cosas a mi habitación, llámame cuando acabes.

Tras otro arranque de rabia, cinco viajes y media hora después, conseguí tener todo el salón lleno de bolsas de basura, que a su vez estaban llenas de bolas, luces y espumillón. Los adornos exteriores, y a mi juicio excesivos, se habían quedado en el almacén del bar de Amparo, pero yo misma me convencí de que no pasaría nada porque se quedaran a vivir allí. Todo fuera

por mejorar la reputación, las reservas y todas esas chorradas relacionadas con el marketing, pero sin exagerar. Pensé que debía ir a avisar a Jaime de que ya estaba todo, pero me dio reparo. Hacía demasiado tiempo que no tenía confianza con ningún hombre y me daba un poco de miedo. Y vergüenza. Así que decidí ponerme yo sola manos a la obra y todos tan campantes. Forcejeé con la primera bolsa, pero en lugar de deshacer el nudo acabé rompiéndola y provocando un estallido de bolas de colores que se desparramaron a toda velocidad por el salón, hasta alcanzar la recepción, las escaleras y la puerta al comedor.

Jaime me encontró poco después de rodillas, con la frente y las palmas de las manos pegadas al suelo, y rodeada de aquel desastre. Se echó a reír por segunda vez aquel día.

–¡Christine! ¿Qué ha pasado aquí?

–Una explosión technicolor –contesté con la voz amortiguada contra el suelo–. Ayúdame, anda.

En lugar de recoger, decidimos que lo más eficaz era colocar los adornos directamente. Localizamos primero el espumillón y nos ubicamos cada uno a un lado del árbol, para lanzárnoslo uno al otro e ir así envolviéndolo. Luego continuamos con las bolas. Cuando Jaime localizó una tan grande como su cabeza, vino hacia mí sosteniéndola sobre su cara.

–Pero, ¿de dónde has sacado esto?

–Esa me la traje de Londres –dije con melancolía.

–Vivías allí, ¿no? –Yo asentí con la cabeza–. ¿Cómo acabaste aquí?

Me debatía entre contarle la verdad o no, porque yo siempre he sido muy celosa con mi intimidad, pero al final me dije a mí misma que qué más daba, si él se iba a ir.

–Por amor. Había un tío y... –sacudí la cabeza–. Es muy largo. El caso es que se largó y yo me quedé aquí.

Asintió, pero no añadió nada más. Debió entender que no quería hablar del tema y seguramente había atado cabos con la exagerada reacción del día que me ofusqué por culpa de unos besos en una película. Seguimos colocando adornos hasta que me di cuenta de que a la parte alta del árbol sólo llegaba él, y a duras penas. Entonces me senté en el suelo para tenderle las bolas una a una. Nos quedamos callados, pero no era un silencio incómodo. Era más bien como si fuéramos amigos de hacía tiempo que deciden pasar una tarde tranquila juntos.

Una hora después sólo faltaba por poner la estrella, pero ni siquiera Jaime llegaba a ponerlo en lo alto, así que me la dio con una sonrisa en los labios.

–Venga, yo te aúpo y tú la colocas.

–Tú estás mal de la cabeza.

–¿Prefieres hacerlo al revés? Yo no tengo problema.

–Voy a por la escalera.

Di un paso hacia el fondo de la estancia, pero me agarró la muñeca y me detuvo. Dejó sus dedos allí enroscados mientras hablaba.

–Venga, va a ser rápido y te prometo que no va a doler. Y ten en cuenta que mañana tengo trabajo y no podré estar por aquí. Me echarás de menos.

Me reí. Luego me zafé de su mano y alcé los brazos.

–Está bien. Rápido.

Me cogió por la cintura con maña, me envolvió en una especie de abrazo y me elevó como si fuera una pluma. Yo coloqué la estrella en la cúspide con cuidado y luego me apoyé en sus hombros para pedirle que me bajara. Al hacerlo, frente a frente, nos quedamos demasiado cerca. Aún me envolvían sus brazos y a mí, que hacía mucho que nadie me abrazaba de aquella forma, me temblaron ligeramente las rodillas. Coloqué mi mano derecha contra su pecho para alejarme y me soltó, no sin que yo notara cierta reticencia.

–Gracias –le dije mientras me daba la vuelta para huir escaleras arriba–. Si

no hubiera sido por ti, jamás hubiera puesto el árbol.

–El placer ha sido mío.

Me guiñó un ojo y yo no pude hacer más que sonreír. ¿Qué estaba pasando?

Capítulo 4

19 de diciembre.

Una corneta sonó a todo volumen en mi oído. UNA PUÑETERA CORNETA. Del susto que me llevé di un brinco y me quedé sentada en la cama con los ojos como platos y el corazón latiendo desbocado en mi pecho. Allí, de pie junto a la cama y parapetado tras la corneta, estaba Jaime. Sin pensarlo mucho, le arreé un guantazo en la mano que sostenía el instrumento. La corneta, quiero decir.

–Pero ¿qué haces, idiota? ¿Tú no comprendes que esto es como para que me dé un infarto y muera en el acto?

–Eres joven. Estaba seguro de que sobrevivirías.

Le solté otro guantazo, no sé muy bien porqué. Inercia, supongo. Él se rio con ganas y aumentó la intensidad de las carcajadas conforme aparté las mantas de la cama.

–¿Qué es eso que llevas puesto? –logró preguntar mientras señalaba mi pecho.

–Se llama “pijama” –refunfuñé.

–Pero... ¡¡¡Tiene un koala gigante!!!

Le tiré la almohada a la cara. Pues sí, llevaba un pijama con la cara gigante de un koala, que ocupaba toda la parte delantera y que además iba a juego con los pantalones, llenos de pequeñas caritas que formaban un mosaico gris. Para más datos, era el tipo de pijama que parece hecho de peluche, bien calentito, sí, pero que te hace entrar a formar parte como miembro honorífico de los *teletubbies*. Me puse roja hasta la raíz del pelo y me levanté de mal humor.

–¿Qué haces aquí? –pregunté, antes de reparar en la puerta abierta de mi

buhardilla—. ¿Y cómo has entrado?

—La verdad es que ha sido casualidad. Anoche cuando te fuiste no te oí cerrar con llave.

Me revolví incómoda allí, en el centro de la estancia. No supe qué decir, pero no me sentía a gusto con otra persona dentro de mi buhardilla ni con las confianzas que se había tomado Jaime. Aquel era mi pequeño terreno, mi espacio personal. Desde que me había mudado, nadie había entrado allí a excepción de mi ex. No es que fuera nada del otro mundo: Dejé casi toda mi vida anterior en Londres. Sin embargo, como era prácticamente una única estancia, sentía que cualquier presencia exterior estaba fuera de lugar. Como cuando alguien habla demasiado cerca de tu cara.

Jaime se percató de mi incomodidad.

—Perdona, Christine, yo... no sé en qué estaba pensando.

—Eso es evidente. ¿Qué quieres, Jaime?

—Mejor espero fuera a que te vistas.

Salió de allí y cerró la puerta con cuidado. Yo me senté de nuevo en la cama. *Too much*. No me gustaban las personas que se tomaban la confianza por su mano. Respiré hondo, me vestí y salí, dispuesta a cantarle las cuarenta a mi invasor. Lo encontré apoyado contra la pared, al lado de la puerta.

—No puedes... —empecé.

—Lo sé. Perdona.

—Es que...

—Christine —me interrumpió de nuevo, y cogió mi cara entre sus manos—. Lo entiendo. Perdóname, no tenía ningún derecho a entrar en tu casa como si fuera el Séptimo de Caballería. A veces se me olvida que vives aquí. Lo siento.

No escuché nada. Sólo sabía que me sujetaba la cara entre las manos y que me miraba a los ojos a una distancia que mi abuela hubiera considerado

indecorosa. Hiperventilé un poco.

Vale, Christine, demasiados meses de abstinencia.

–Bueno. –Me zafé de sus manos y cambié de tema–. ¿Por qué habías venido a despertarme a las cinco y media de la mañana?

–Porque vamos a hacer el desayuno.

Me quedé ojiplática, lo reconozco. Pero puede ser porque antes del primer café ni soy persona ni pienso con mucha lucidez.

–¿Cómo dices?

–Que vamos a preparar el desayuno.

–Para tostar pan y hacer café no necesito dos horas, chiflado.

Chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

–Quedan seis días para navidad.

–Por favor, otra vez no.

–Sí, otra vez sí. Espera un momento.

Se dio la vuelta y se fue, supongo que a su habitación. Volvió treinta segundos después con una bolsa en la mano izquierda que reconocí como la que le había visto el día que pusimos el árbol, se acercó, y con la derecha me envolvió la muñeca. Tiró de mí mientras yo protestaba, obviamente en vano.

–¡Que no quiero! ¡Déjame dormir!

–Ya tendrás tiempo de dormir cuando se acabe diciembre.

Me llevó medio a rastras escaleras abajo. Yo sentía el pulso latiendo fuerte bajo la piel que rozaban sus dedos. Había que ver lo muy necesitada que estaba de contacto humano. Seguimos así hasta que me metió en el comedor y, una vez allí, preguntó si la única puerta que había era la de la cocina.

–Pues claro que es la de la cocina –contesté–. ¿Dónde iba a estar si no?

Me ignoró, cómo no, y entró tirando aún de mí. Una vez en el interior, sacudió la cabeza.

–Me la imaginaba más grande teniendo en cuenta que es la cocina de un

hotel.

–Sí, claro, como si fuera esto el Ritz.

Se rascó la barba con la mano izquierda. Ahí estaba, su tic.

–Para qué me molestaré... –soltó, al aire, como si hablara para sí mismo.

–Pues no lo sé, la verdad. Harta estoy ya de decirte que no quiero saber nada de la navidad y tú erre que erre con el tema.

No contestó. Me agotaba esa manía suya de ignorarme cuando no le gustaba la conversación. Dejó la bolsa sobre la vitrocerámica y empezó a sacar cosas, que iba colocando sobre la única encimera que había. Harina (de fuerza), levadura (de panadería), chocolate (negro al 85%) y sal. Le miré mientras trataba de contener una carcajada.

–¿Qué pretendes que haga con esto, Arguiñano? ¿Pan casero exprés para desayunar bocadillos de chocolate?

Se sonrojó un poco y me sentí mal al instante. Así soy yo. Jaime tenía algo que me inspiraba ternura, así que mientras él se miraba las manos, avergonzado, yo le di un golpecito en el hombro y le aparté.

–Anda, déjame ver qué tengo por aquí. –Abrí y cerré cajones para rebuscar lo que necesitaríamos para preparar algo rico y fácil de hacer—. ¿Qué te parece si empezamos por un bizcocho?

Asintió. Tenía una minúscula sonrisa en la cara y de repente me pareció que tenía delante a un niño pequeño. Me derretí un poco por dentro. Y acto seguido me regañé por ello. Christine, que se va a ir...

–Venga –le apremié, tras localizar todo lo que necesitábamos—. Vete tamizando la harina, que yo voy a batir los huevos.

Voy a ahorrarme los detalles, porque no sé muy bien cómo ocurrió. El caso es que cuando Jaime intentó abrir el paquete de harina, explotó. Me refiero al paquete de harina, no a Jaime. Él salió bastante ileso, aunque completamente cubierto de harina, que también volaba por todas partes,

como si de repente la cocina se hubiera llenado de una neblina blanca. No sé qué pasaba últimamente en aquella casa con las bolsas y las explosiones. Quizás fuera un campo de fuerza extraño y empeñado en hacernos quedar en ridículo. Él empezó a toser y dar manotazos en el aire y a mí, claro, me dio la risa. Otra cosa no, pero tenía que reconocer que desde que había conocido a Jaime me había reído más que en los cinco años anteriores. Fran, mi ex, nunca fue el alma de la fiesta.

–Pero... –Tuve que coger aire para poder seguir hablando, así era el ataque de risa que me había dado–. ¿Qué has hecho, alma de cántaro?

–¡Yo qué sé! Intenté abrir el paquete y... no sé, debí tirar muy fuerte.

Siguió intentando sacudirse la harina de encima, pero es que parecía que se multiplicaba y cada vez había más.

–¡Para, para! –le pedí, entre carcajadas–. ¡Me estás dejando la cocina perdida!

–Pero, ¿¿¿de dónde sale tanta harina???

Yo no podía parar de reír. Era superior a mis fuerzas, por mucho que Jaime se mantuviera completamente serio. Al final, hasta él esbozó una sonrisa. A mí ya me dolía la barriga, lo juro.

–Nunca había visto un alarde de fuerza de este calibre para abrir un paquete. Eres el increíble Hulk de la repostería –le provoqué, cuando al fin le vi sonreír.

–Y eso que aún no me has visto abrir cartones de leche.

Nos reímos a coro. Después, sin pensarlo mucho, se quitó la camiseta para limpiarse los pantalones con ella. Y así es como descubrí que los abdominales existen fuera de las revistas femeninas y del Instagram de Scott Eastwood.

–¿Qué haces? –le pregunté, aunque era completamente incapaz de desviar la mirada de su cuerpo.

–Limpiarme. –Me cogió por la barbilla y me obligó a elevar la cara–. Mi cara está aquí arriba, reina.

–Huy, perdón. Me había parecido ver que la harina se te había pegado ahí.
–Señalé al azar.

–Ya, ya.

–Bueno, da igual. Lárgate de mi cocina y regresa cuando vuelvas a ser un humano en lugar de un *wannabe* de muñeco de nieve.

Obedeció con una sonrisa socarrona en los labios y se fue. No se dignó a ponerse la camiseta. Qué espalda tenía, y qué necesitada estaba yo de... cariño. En fin.

Cuando volvió a entrar yo ya había limpiado la cocina y estaba preparando la masa del bizcocho. Señalé una silla.

–Siéntate ahí y estate quietecito.

Obedeció y se sentó. Me observó remover el mejunje durante un par de minutos. Luego, mientras lo volcaba sobre dos moldes, carraspeó.

–¿Puedo preguntarte algo?

–No. –Agité la cabeza, rotunda–. Hoy me toca a mí.

–Pero...

–No hay peros. El otro día hablamos de Londres y de mí. Si quieres que sigamos con esta tontería tuya de recuperar el espíritu navideño, vas a tener que darme algo de información.

–Está bien –suspiró.

–¿Qué pasa? ¿No te gusta hablar de ti mismo?

–No. Ni una pizca.

–Bienvenido al club. Pero aquí o sufrimos todos... –Me corté a mí misma para ir directa al tema–. ¿Por qué lo haces, Jaime?

–¿Por qué hago el qué?

–Esto. Obligarme a recuperar la navidad.

Miró al techo, como si no supiera por dónde empezar y buscara allí la inspiración. Se rascó la barba de tres días y yo, mientras él buscaba fuerzas, metí el bizcocho en el horno. Luego habló en voz baja, sin una pizca de gracia.

–¿Puedo serte completamente sincero, Christine?

–Por favor.

–Te miro, y me recuerdas a mí mismo. Yo también perdí el espíritu navideño.

–¿Por qué?

–Porque a mí me lo transmitió mi madre. Cuando era un crío ella adornaba la casa hasta que no cogía una sola bola más. Así que cuando ella se fue, se llevó con ella mi navidad.

–¿Murió?

–¿Cómo? ¡No, no! –Curvó los labios hacia arriba, formando una mueca extraña a medio camino hacia la sonrisa–. Se fue. Literalmente. Se fugó con el vecino del quinto el día antes de Nochebuena. Nos dejó un *post-it* en la nevera para informarnos. Mi padre se quedó destrozado y yo no tuve ganas de celebrar nada.

–¿Cuándo fue?

–El año pasado.

El mismo año que Fran se había largado con otra. Me acerqué a la silla en la que estaba sentado y, no sé muy bien por qué, pasé los brazos sobre sus hombros, en una especie de abrazo extraño.

–Lo siento.

Me rodeó la cintura con torpeza, pero yo sólo aguanté así unos segundos. A pesar de lo que pudiera parecer en otras situaciones, la triste realidad es que no estaba preparada para el contacto humano. Él siguió hablando, supongo que para evitar el momento incómodo.

–Trabajo en Madrid –dijo–. Hace un par de semanas llamé a mi padre y le comenté la posibilidad de no volver a casa esta navidad. Total, ¿para qué? Él estuvo de acuerdo conmigo. Me dijo que no pensaba celebrar nada y que mi hermana está muy ocupada con su marido y pensaba organizar su primera cena en su propia casa, así que lo más probable era que él pasara la navidad solo, bebiendo cerveza y tragándose documentales de la dos. Su yerno no le cae bien. Al colgar el teléfono me sentí mal, pero no sabía qué hacer. Al final acabé llamando a la idiota de mi hermana. Le hice prometer que cenaría con nosotros. Resumiendo, al final vendrá ella, con su marido y alguna que otra botella de vino. Pero como comprenderás, alguien tiene que hacerse cargo de la cena, decoración y demás cosas que deberían hacer que olvidáramos que mi madre nos dejó colgados por el vecino del quinto el año pasado por estas fechas.

Tuvo que parar para coger aire, momento que yo aproveché para indagar un poco más.

–Aún no entiendo qué tiene eso que ver con esta casa, ni conmigo.

–Cuando llamé a mi hermana para pedirle que viniera, le dije que yo era el primero al que no le apetecía celebrar nada. Y ella, que es imbécil pero bastante práctica, me dijo que si lo que necesitaba era animarme para las fiestas, debía venir a conocer la “aldea de la navidad”. –Dibujó comillas con los dedos–. La verdad es que de primeras me pareció una chorrada, pero luego pensé que quizás no era tan mala idea. ¿Qué mejor sitio que este para recuperar las ganas de celebrar la navidad?

–Ah, ya entiendo.

–Así que imagínate el chasco que me llevé cuando llegué y me recibió el puñetero Grinch.

Le arreé con un trapo de cocina que encontré por allí.

–Entonces, ¿estamos recuperando el espíritu navideño juntos?

–Pues eso parece.

Y yo... yo sonreí como una idiota.

Capítulo 5

20 de diciembre.

Me despertó el sonido del viento. Era lunes, y creo que ése ha sido siempre el día de la semana que menos gente suele haber en mi establecimiento. El día anterior, tras el desayuno y algunas felicitaciones por haber podido degustar un bizcocho recién hecho, la mitad de mi clientela se fue, de vuelta a sus correspondientes hogares. Pasé la tarde recogiendo, limpiando y repasando las reservas de la semana. Por eso al despertarme ya sabía que concretamente ese lunes no tenía ninguna entrada nueva. Quizás sí estuviera afectando la mala fama que me había ganado al renegar de la decoración y las fiestas. No importaba. Aún estaba a tiempo de enmendarme, aunque fuera de cara al año siguiente. Por todo eso, porque sabía que era el único día en el que podía relajarme un poco, me daba tanta rabia haberme despertado pronto. Me asomé a la ventana a pesar de que aún era de noche. El cielo estaba perdiendo oscuridad, y en su lugar había adquirido ese tono gris oscuro que tiene justo antes de amanecer. Entonces me di cuenta de que estaba nevando copiosamente, y el pueblo entero estaba cubierto de un manto blanco. Cualquiera otra persona se hubiera alegrado, claro, es precioso pasar unas navidades blancas. Sin embargo, para mí es un problemón: Los proveedores no llegan desde la ciudad y, si la situación se alarga, tengo que apañármelas con cosas del pequeño supermercado del pueblo que, obviamente, tiene el mismo problema que yo. Catastrófico todo.

Me acerqué con desgana al armario y me vestí con un jersey bien gordito, unos vaqueros, calcetines de lana y botas de monte. Ya estaba de mal humor, pero pensé que una taza de café cargado podría arreglarme un poco el día. Puse la cafetera y, mientras el agua hervía, me di cuenta de que no dejaba de mirar hacia la puerta. Me regañé a mí misma. ¿Qué esperaba? ¿Que Jaime

volviera a entrar en mi buhardilla, a ser posible sin camiseta? Pero, vamos a ver, ¿acaso no le había montado yo un pollo el día anterior precisamente por colarse sin mi permiso? Sacudí la cabeza. No eran ni las siete de la mañana y yo ya estaba pensando en ese hombre. Mal asunto. Debía recordarme más a menudo que el día de nochebuena se iría a cenar con su familia, y sólo para volver después a Madrid. Y yo me quedaría allí, en aquel pueblo, encadenada a demasiados recuerdos y a un negocio que me chupaba la energía veinticuatro horas al día. De repente tuve ganas de llorar, así que, aprovechando que el café ya estaba hecho, me serví una taza que me bebí de un trago y me puse en movimiento.

Bajé a toda velocidad. Reconozco que luchaba contra el impulso de pegar la oreja a la habitación de Jaime. Quizás roncara como un demonio y eso contribuyera a eliminar esa imagen idílica que me estaba construyendo en torno a su persona. Me apresuré a realizar las tareas diarias y luego llamé al bar del pueblo. Amparo me contestó al tercer tono, a pesar de que aún era pronto.

–¿Diga?

–Buenos días, Amparo. ¿Cómo estamos hoy?

–Ay, Dios mío. ¿Cristina?

–Sí, soy yo. –Miré a mi alrededor para comprobar que seguía sola.

–¿Estás bien?

–Sí, ¿por qué?

–Ay, hija, como nunca me llamas...

Tapé el auricular, bufé y miré al cielo. ¿Eso no es lo que dicen las madres? Pero si a esta señora la había visto dos días atrás, ¿qué le pasaba?

–No seas exagerada, Amparo.

–A ver, qué quieres.

Iba a intentar reprocharle el hecho de que pensara que sólo la quería por el

interés, pero para qué iba a disimular, si más sabe el diablo por viejo que por diablo.

–Me preguntaba si podrías cubrirme. Sólo por la mañana.

–Huy, no, no. Pero puedo enviarte a Juanjo.

–Pero, Amparo...

–Es que a mí no me apetece nada, hija.

Me pregunté si esa mujer habría sido así toda la vida o la sinceridad brutal le habría venido con los años. Luego pensé que lo único que necesitaba era que alguien vigilara que la casa no se viniera abajo y pensé que, tratándose sólo de vigilar, su marido me apañaba.

–Está bien. ¿Puede decirle a Juanjo que se pase por aquí cuando pueda? Sólo serán un par de horas.

“Las suficientes para escaquearme de Jaime y perderle de vista”.

–¡¡¡Juanjooooo!!! –gritó ella, aún con el teléfono pegado a la boca. No me quedé sorda de casualidad–. Que dice Cristina que vayas a echarle un ojo a su hotel y que a cambio puedes hurgar en la vitrina del restaurante donde guarda el vino bueno.

–Qué bien –refunfuñé.

–Hala, ya está de camino. ¿A dónde vas, que necesitas sustituto? Con la que está cayendo no vas a poder coger el coche.

–La verdad es que no lo tengo muy claro, Amparo.

–Anda, vente, que te invito a un café y charlamos de cosas de mujeres.

Le dije que me parecía bien, así que esperé a que llegara su marido. No le di demasiadas instrucciones, sólo que vigilara que nadie saliera por la puerta llevándose, no sé, un sofá del salón encima de la cabeza. Y que, si alguien preguntara por mí, y yo sabía que “alguien” lo haría, dijera que había salido por asuntos personales. En realidad, casi me sorprendía que Jaime aún no hubiera aparecido por allí, pero, como no quise tentar aún más a la suerte, en

cuanto dejé a Juanjo ubicado salí pitando de la casa.

Amparo me recibió en la puerta del bar, como si yo nunca hubiera estado allí y no hubiera podido encontrarlo sin su ayuda. Me dejó pasar y me palmeó la espalda antes de entrar ella también.

–¿Hace un cafetito? –me preguntó.

–Claro.

Me acomodé en una mesa junto a la barra, pero bien alejada de la ventana. Por si acaso. Estaba nerviosa y no entendía muy bien porqué. Amparo me puso un café con leche y uno solo largo para ella. Luego se sentó conmigo. El bar estaba vacío. Aunque con la hora intempestiva que era, supongo que lo lógico era estar en casa y no en aquel sitio.

–A ver, qué te pasa.

–Nada. Necesitaba un día libre, eso es todo.

–Sí, ya. Espero que no juegues a las cartas, hija, porque mientes fatal.

Bufé y me removí el pelo. Luego me escudé en mi café porque no quería contarle qué me pasaba. Ni siquiera estaba segura de que yo fuera consciente de cuáles eran mis problemas.

–Es que no sé qué me pasa –confesé, siendo sincera–. Necesitaba salir de allí.

Cabeceé en dirección a mi establecimiento y ella me tomó una mano que había apoyado en la mesa.

–Sólo conozco un par de motivos por el que alguien esté nervioso sin motivo: Uno es el trabajo, el otro es el amor. Y, poniéndonos estrictos, a veces también cuenta que tengas ganas de ir al baño.

Amor. Que palabra tan grande. Es de esas que dan miedo por el mero hecho de existir. Negué con la cabeza.

–Una vez estuve enamorada. Cuando se fue, sentí como si alguien me hubiera arrancado los pulmones. Me ahogaba, no podía respirar. Tenía un

dolor físico que me atravesaba el pecho. Hora tras hora, día tras día. Él me lo quitó todo: las ganas de sonreír, las de ser feliz y, por supuesto, las de volver a enamorarme. Él, además, tenía a otra. ¿Tú sabes, Amparo, cuántos meses me flagelé pensando que aquello era culpa mía? ¿Sabes cuántas veces creí que, si yo hubiera venido más, si le hubiera hecho más caso o si fuera más guapa, aún estaría conmigo? Él nunca me dio ninguna explicación y yo naufragué, perdida en un océano de dudas y buscando, aunque fuera, una mísera respuesta. Así de cruel fue conmigo.

Estaba llorando y no me había dado cuenta. Ni siquiera entendía qué hacía yo contándole aquello a esa buena mujer, pero lo cierto es que, desde que Fran y yo lo habíamos dejado, no había podido desahogarme con nadie.

–Sé que lo pasaste mal. –Me apretó la mano con cariño–. Pero no entiendo porqué justamente ahora...

–Porque he vuelto a reír. Ha aparecido un hombre que hace que me ría a carcajadas, todos los días, a todas horas. Ha sido como si, tras un año conteniendo la respiración, por fin pudiera tomar aire.

–¡Pero eso es maravilloso, hija!

–No, qué va. Es un huésped. Y se va el día 24.

–Pero...

–No. No hay peros. No puedo... –Hipé–. No puedo volver a pasar por otra relación a distancia. No quiero despedidas, no quiero dudas.

Amparo apuró su café y luego me cogió las dos manos.

–Christine –dijo, y a mí no se me escapó que era la primera vez que pronunciaba bien mi nombre–. Mírame. Uno no decide de quién se enamora. No puedes decirle a tu corazón que ese chico no te conviene. Sé feliz. Aunque sólo sea unos días. Ya te arrepentirás después.

Lo medité un segundo, pero no estaba dispuesta. No es que fuera especialmente necia, que lo era, es que Jaime tenía algo... algo que nunca

había encontrado en Fran. No es que estuviera ya enamorada, qué va, es que con mi ex siempre era todo angustia e incertidumbre, pero con Jaime sólo había calma. Una calma constante y pacífica que era como un bálsamo para todas las heridas que aún no habían cicatrizado del todo. Era tanto el potencial, tanta la atracción hacia él como si fuera un imán, que me aterrorizaba. ¿Qué pasaría cuando se fuera? Yo lo sabía. El dolor iba a volver, multiplicado por dos. Y no estaba dispuesta. Le agradecí el consejo y me ofrecí a pagarle el café. Ella, cómo no, se negó, a cambio de que echara unas partiditas a la brisca con ella. Para comprobar si de verdad se me daban tan mal los juegos de cartas.

Un par de horas me duró la calma.

A media mañana, cuando yo ya había pasado del café con leche al carajillo y Amparo me había vapuleado en las últimas tres partidas al chinchón, la puerta del bar se abrió de golpe. Fuera seguía nevando y la figura de Jaime venía cubierta de copos de nieve. Entró dando grandes zancadas y con una sonrisa en los labios. Ahí estaban sus malditos ojos achinados. Qué gracia me hacían.

–Al fin te encuentro. –Se volvió hacia Amparo y le tendió la mano–. Soy Jaime, encantado.

La muy bruja me miró con una sonrisa ladina antes de estrecharle la mano.

–Ah, encantada, Jaime. Soy Amparo. He oído hablar muy bien de ti.

Quise darle una patada por debajo de la mesa, pero en lugar de eso se la arreé a la pata de madera y aullé de dolor. Amparo se hizo la sueca y Jaime se me acercó, preocupado.

–¿Qué pasa? ¿Estás bien?

–Sí, sí. Un calambre.

–Bueno, que yo venía a...

–Por favor, no –supliqué.

–...decirte que faltan siete días para navidad.

–Y ahí está.

Amparo se echó a reír y se fue con muy poca discreción. Primero me propinó un codazo, luego le guiñó un ojo a Jaime y a continuación se fue, pero sólo para parapetarse detrás de la barra a limpiar una taza. A medio metro de dónde estábamos nosotros. Quise morirme de vergüenza y matarla a ella después. O al revés. Jaime la observaba impasible. Luego decidió ignorarla y se volvió hacia mí.

–¿Qué haces aquí? –preguntó.

–Tomar un café. –Un café, dos carajillos y un botellín de agua, concretamente.

–Ah, es que como no me habías dicho nada...

–No sabía que tenía que darte explicaciones.

No entendía por qué estaba enfadada, pero el hecho es que lo estaba. Quizás fuera una forma de autodefensa, no lo sé.

–No, no tienes que dármelas –dijo, con calma–. Bueno, ¿estás lista?

Me resigné. Jaime no iba a darse por vencido, así que quizás lo mejor fuera simplemente pasar aquellos días con él lo más dignamente posible y luego si te he visto no me acuerdo.

–Claro. ¿Qué toca hoy?

Su boca se ensanchó en una sonrisa enorme y sus ojos casi desaparecieron. Pero qué mono era.

–Hoy tenía planes, pero dada la coyuntura meteorológica favorable, los he atrasado. Así que vamos a jugar en la nieve.

–Jaime, por dios, que no tenemos ocho años.

–Yo no quiero perder a mi niño interior. Es el que más me hace disfrutar de la vida. Vamos, tengo una sorpresa para ti.

Me levanté, recogí las cosas y las dejé en la barra, donde Amparo seguía

limpiando la misma taza, que debía haber perdido ya algún centímetro de grosor de tanto que la estaba frotando.

–Juventud, divino tesoro –dijo ella–. ¡Que lo paséis muy bien, pareja!

–¡Amparo! –grité yo.

–Gracias –contestó Jaime, divertido.

Salimos a la calle, donde no sólo seguía nevando sino que encima hacía un frío que pelaba. Pregunté cuál era la sorpresa, pero Jaime se había quedado repentinamente mudo y me dirigía con paso firme hacia la parte posterior del bar. Sacó una llave y abrió el almacén de Amparo.

–¿Cómo es que tienes la llave? –pregunté, inocente.

–Amparo, que tiene un sentido del corporativismo...

Abrió con suavidad, encendió la luz y se apartó para dejarme entrar. En la pared de enfrente había apoyado un trineo. Un trineo precioso, hecho de listones de madera pulidos, pero sin barnizar. Abrí la boca de forma exagerada.

–¿Y esto?

–Voy a resumírtelo mucho. Era de Juanjo. Yo lo compré y él lo restauró.

–Pero, ¿cuándo...?

–Antes de ayer. Es un crack el tío.

–¿Y cómo sabías que tenía un trineo?

–No lo sabía, boba. Escuché por casualidad una conversación suya con Amparo en la que decía que lo iba a tirar. El resto es historia.

Me guiñó un ojo y yo miré aquel trasto con chiribitas en los ojos. Era precioso. Jaime soltó una risita entre dientes al verme ilusionada con aquel trasto. Lo sacó y nos fuimos de allí. Arrastraba el trineo con una cuerda atada a la parte delantera y caminamos hablando de cosas banales hasta que salimos del pueblo. Allí había un pequeño monte, que nos serviría para hacer unas cuentas bajadas. No subimos mucho, para poder repetir con rapidez.

Cuando decidimos desde dónde tirarnos, Jaime me dio un pequeño empujoncito.

–Ve. Venga.

–¡Vale!

Allá que fui yo. La primera bajada la hice emocionada, dando pequeños grititos de felicidad. Era reconfortante sentir el frío y la nieve en la cara, la velocidad, y aquella minúscula carga de adrenalina. Subí deprisa a donde estaba Jaime esperando.

–¡Ha sido genial! –grité, feliz–. ¡Ahora te toca a ti!

Jaime asintió y se colocó encima del trineo, pero antes de sentarse tiró de mí hacia él y me “obligó” a sentarme delante de él. Lo pongo entre comillas porque tampoco es que yo opusiera mucha resistencia, la verdad. Jaime pasó un brazo alrededor de mi cintura y con la otra mano se agarró al lateral del trineo.

–Tú conduces, vaquera.

Me reí, y empujamos los dos para lanzarnos cuesta abajo. Crónica de una muerte anunciada, claro. No íbamos siquiera por la mitad cuando, cómo no, el trineo volcó y caímos rodando un par de metros. Éramos un lío de brazos, piernas y nieve. Caímos uno al lado del otro, cara a cara. Sin embargo, en un movimiento rápido, Jaime subió sobre mí, apoyando los antebrazos en la nieve. Con la punta de la nariz rozó la mía. Su boca estaba tan cerca que podía sentir su aliento. Tragué saliva con fuerza, y el corazón empezó a latirme desbocado contra el pecho. Sus ojos marrones estaban clavados en los míos. Me costaba respirar y pensar de forma coherente.

–Quita –gruñí, de malas maneras–. Pesas mucho.

–Christine...

–¡Quita! –repetí, mientras me revolvía bajo su cuerpo.

Obedeció y se quedó sentado en la nieve, con las rodillas encogidas, los

codos apoyados en ellas y la cabeza enterrada en las manos. Yo me levanté lo más rápido que pude.

–Christine, espera...

–No, Jaime, yo no... no puedo.

En ese “yo no puedo” escondí todos los “te vas a ir” que me atenazaban la garganta. Y que me iban a destrozar.

Capítulo 6

22 de diciembre.

Me desperté dividida en dos. Mi cerebro, frío, quería que me levantara, me vistiera y bajara a preparar el desayuno. Mi corazón, sin embargo, tenía ganas de taparse con la manta hasta el año dos mil treinta y seis y, sobre todo, no tener que verle la cara a Jaime hasta que la mía se llenara de arrugas varias. Sí, me daba vergüenza, y por eso el día anterior me lo había pasado huyendo de él. Me había escondido en la cocina, en el supermercado y hasta en el almacén de Amparo, desde donde le escuché preguntarle por mí a la dueña del bar, que me cubrió bajo soborno estricto.

La cabeza me daba vueltas aun estando en la cama. De pronto, encontré la solución. ¿No dicen que la mejor defensa es un buen ataque?

Me levanté deprisa, comprobé que me sobraba el tiempo y que ya no nevaba, me vestí sin mirar siquiera qué me estaba poniendo y bajé escaleras abajo demasiado deprisa para mis pies torpes. Logré llegar a la cocina sana y salva de puro milagro. Dejé todo listo para mis queridos –y últimamente bastante desatendidos– clientes y salí. Necesitaba que Amparo me hiciera un favor y que Juanjo volviera a cubrirme. Al final iba a tener que ponerle en nómina.

Eran cerca de las siete y media cuando subí las escaleras y paré a coger aire delante de la habitación “Solo en casa”. Conseguí templar los nervios y llamé a la puerta con los nudillos, muy suave. No quería asustarle.

–¿Sí? –Su voz pastosa me llegó amortiguada a través de la puerta.

–¿Jaime? Soy... soy Christine –tartamudeé.

–¿Christine? ¡Un momento!

Oí cómo crujían los muelles del colchón y después, pasos, hasta que abrió la puerta. Allí estaba él, con pantalones de pijama, pero sin camiseta. Saludé

mentalmente a esos abdominales suyos, porque soy una persona educada y porque esperaba que algún día ellos y yo nos hiciéramos amigos.

–¿Qué haces aquí?

Me obligué a mí misma a mirarle a los ojos.

Tragué saliva. Había que ver cuánto me gustaban aquellos ojillos pequeños y achinados.

–Quedan tres días para navidad –murmuré.

–¿Y este cambio de papeles?

–Es que tú dijiste que ambos debíamos recuperar el espíritu navideño, así que no me parece justo que sólo seas tú el que haga planes.

–¿Vienes a proponerme algo? –sonrió.

–Sí. Vístete. –Lo dije a regañadientes, mientras mentalmente me despedía de mis amigos los abdominales–. Nos vamos. He sobornado a Juanjo utilizando el contenido del bar y eso me da un día libre.

–¿A dónde vamos?

–Lejos. Ponte cómodo.

–Hecho. Dame cinco minutos.

Volvió adentro como un niño pequeño, sin rechistar y dando saltitos. Tres minutos y medio después volvía a salir, vestido con jersey, vaqueros y unas botas de montaña. Yo le enseñé las llaves que escondía en el bolsillo.

–Son del coche de Amparo –confesé–. Me lo ha dejado prestado por una buena causa.

Salimos de la casa en silencio. Creo que los dos estábamos nerviosos. No estaba muy convencida de que aquello fuera a funcionar. Era mucho tiempo metidos juntos en un espacio muy pequeño y no sabía siquiera si tendríamos tantos temas de conversación. Nos acercamos al coche: Un gigantesco todoterreno que le arrancó una carcajada a Jaime.

–¿Y tú vas a conducir eso?

–Pues sí. ¿Qué pasa, que las mujeres no podemos conducir coches grandes?

–No es eso, es que eres tan pequeñita que no tengo claro que vayas a ver nada por encima del volante.

Como ya venía siendo costumbre, le arreé un guantazo, por idiota. Él aún se reía cuando subió al coche, y fue a peor cuando me vio subir el asiento hasta el tope. Yo, claro, me puse roja hasta la raíz del pelo y no le dirigí la palabra hasta que ya habíamos salido del pueblo. Por suerte habían despejado las carreteras y no había nieve. Aunque parecía que la habían apartado hacia el arcén, donde formaba pequeños montículos. Cuando llegamos a la nacional, poco después de dejar el pueblo atrás, Jaime se animó a romper el hielo.

–Venga, no te enfades. ¿Dónde vamos?

–A la ciudad –contesté, cortante, para que no creyera que había dado mi brazo a torcer tan pronto.

–¿Y qué vamos a hacer allí?

–Ya lo verás. –Flaqueé durante un segundo y le miré de reajo–. Pero creo que te va a encantar.

–Menos mal que he venido preparado. –Sacó del bolsillo un iPod que zarandeó delante de mi cara–. ¿Y tú? ¿Estás preparada?

–Definitivamente no.

Sacó también del bolsillo una especie de cable conector y revisó el salpicadero hasta conectar el iPod al sistema de altavoces del coche. Empezó a sonar *Let it snow*, versionado por Frank Sinatra.

–Qué bonito –susurré.

–Traigo una recopilación completa de villancicos versionados por Sinatra. Disfruta, nena.

Apoyó el codo en la puerta y la cabeza contra su mano. Después cerró los

ojos, concentrado como estaba en la música. Conduje en silencio. En mis oídos retumbaba aquel “disfruta, nena” una y otra vez.

Después de un rato, Jaime se removió en su asiento, inquieto.

–¿Qué te pasa? ¿Tienes que ir al baño?

–No. Me ponen nervioso los silencios incómodos.

–Los silencios sólo son incómodos cuando uno se empeña en que lo sean. Si no, son un buen momento para disfrutar de la música, del paisaje o de la compañía del otro.

–¿Tú disfrutas de mi compañía, Christine?

–Disfruto más de la voz de Sinatra –contesté, lanzando balones fuera.

El resto del trayecto lo hicimos cantando los villancicos más conocidos e inventándonos la letra de los que no lo eran. Cuando nos quisimos dar cuenta, habíamos llegado. Aparqué en un parking del centro que conocía y sabía que no era demasiado caro y bajamos.

–Y ahora, ¿qué? –preguntó Jaime, impaciente.

–Ahora vamos a desayunar.

Le llevé hasta una cafetería cercana, donde recordaba que una vez había desayunado con mi ex. Estaba exactamente igual que entonces, salvo que la luz era más cálida. Nos sentamos en una mesa al fondo, lejos de la ventana. No sé muy bien porqué, aunque supongo que buscábamos un poco de intimidad. Pedí chocolate con churros para los dos y eché un vistazo alrededor, recordando el día que estuve allí con Fran. Creo que fue la única vez que conseguí sacarlo del pueblo.

–Tienes la mirada triste. –La voz de Jaime me sacó de mis pensamientos.

–Oh, vaya, perdona. Estaba recordando.

–No parecía un buen recuerdo.

–No. No lo era. Una vez vine aquí con mi ex. Fue la única vez que vinimos a la ciudad y quiso volver corriendo a refugiarse en casa. Tendría

miedo a que le vieran conmigo, supongo. Yo qué sé.

Jaime torció el morro y frunció el ceño, todo a la vez.

–¿El tío que se largó?

–Sí. Tenía a otra. Aunque en realidad creo que la otra fui yo. –Me encogí de hombros–. Bueno, qué más da.

–Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

Lo medité un segundo y luego decidí ser sincera.

–La verdad, porque es el sitio donde mejor ponen los churros con chocolate. –Hice una pequeña pausa–. Y porque me gusta redefinir los recuerdos contigo.

Él estiró la mano hacia mí y acarició mis dedos con ternura. El caso es que era cierto, desde que él había llegado, la casa ya no estaba tan vacía. Y las sensaciones angustiosas de mi pecho iban desapareciendo, una a una. La soledad, el rencor, la rabia, todo se estaba diluyendo, sustituido poco a poco por una calidez que no dejaba de asombrarme... y de asustarme.

Retiré la mano, un poco cohibida, justo cuando llegó el camarero con el desayuno para salvarme del momento incómodo.

–¿Qué vamos a hacer hoy? –preguntó Jaime, mientras mojaba el tercer churro en su chocolate.

–Te voy a llevar a patinar sobre hielo. Por la noche es más... –Me corté a mí misma, porque la palabra que estaba buscando era “romántico”, pero me corregí en el acto– bonito, pero no quería dejar la casa sola a esas horas. Por si acaso hay una emergencia.

–Deberías buscar ayuda.

Di gracias mentalmente porque él no se hubiera dado cuenta de mi metedura de pata.

–No hay mucha gente joven en el pueblo dispuesta a trabajar conmigo, la verdad. Bueno, ¿nos vamos?

Cuando ya salíamos por la puerta, Jaime me sujetó por la muñeca. Me giré para mirarle y, de pronto, estaba muy cerca.

–Yo también creo que patinar de noche hubiera sido mucho más romántico.

Sonrió, me soltó y salí delante de él, muerta de vergüenza.

Habían instalado la pista de hielo cubierta en la plaza del ayuntamiento. No había mucha gente, aunque yo sabía que por las tardes estaba abarrotada. Fuimos directos a la zona de alquiler de patines, donde una chica jovencísima se quedó mirando a Jaime más tiempo del estrictamente necesario.

–Hola –le dijo él con una sonrisa que provocó que a ella le diera un pasmo–. Necesito unos patines del cuarenta y siete, por favor.

–¿Cuarenta y siete? –me reí–. ¡No me habías dicho que tú eras *Big Foot*!

–Mira que graciosa, nunca me habían hecho esa broma.

–Lo siento –interrumpió la muchacha, que parpadeaba con rapidez, supongo que intentando ser coqueta–. Sólo tenemos un cuarenta y seis.

–Valdrá.

–¿Podrás meter tus barcas en un aparcamiento tan pequeño? –seguí insistiendo yo.

–Oye, Christine. –Acompañó mi nombre con una sonrisa pícaro–. Si te digo que todo va acorde al tamaño de mis pies, ¿sigue haciéndote tanta gracia?

–Bueno, pues sí. Principalmente porque he visto el tamaño de tus manos, fantasma.

–Oigan –interrumpió la chica del alquiler de los patines–. Me están formando cola.

–Perdona. Dame un treinta y ocho de persona normal, por favor.

Me tendió los patines y me fui con ellos rumbo a la pista. Una vez allí nos los pusimos y dejamos las botas que traíamos de casa en una taquilla a pie de

pista. No pude evitar echar un último vistazo a los pies de Jaime.

–La parte buena de esto es que con esos pies no tendrás problemas de equilibrio.

–Pero, ¿qué te pasa hoy? ¿Te has comido un payaso antes de venir?

Aún me estaba riendo cuando entré a la pista y me agarré a la barandilla que la bordeaba. Yo no sabía patinar bien, la verdad. Nada más allá de mantenerme en pie y avanzar despacio. A veces hasta braceaba con poca dignidad. Jaime me siguió a la pista.

–¿Estás listo? –le pregunté.

–Hum, veremos. Hace mucho que no me subo en unos de estos.

Me solté de la barandilla con cuidado y me concentré en mantener el equilibrio. Jaime, sin embargo, se deslizó con gracia a mi lado. Paso a paso, iba patinando con gracia y elegancia. Sabía lo que hacía, sus movimientos eran fluidos y gráciles. Cuando yo apenas había avanzado un metro, él ya había dado la vuelta completa a la pista y había vuelto a mi lado.

Extendió las dos manos hacia mí.

–Ven –pidió.

–Al final sí que te ayudaban a mantenerte en equilibrio –bromeé, señalándole los pies.

–Ven –insistió.

Le miré. Dudé, pero al final cogí sus manos con las mías. No habíamos llevado guantes, así que a pesar del frío notaba su piel contra la mía. Era suave. De repente tuve ganas de llorar, creo que por el tiempo que hacía que nadie me daba la mano. O igual estaba premenstrual, vaya usted a saber.

–Déjate llevar –me pidió–. Yo estoy aquí para impedir que te pase nada.

Lo dijo de una forma tan intensa que no sabía si se refería a la pista de patinaje o a la vida, en general. Luego comenzó a deslizarse sobre el hielo, de espaldas.

–Dios mío –murmuré–. Nos vamos a caer y a degollar con la cuchilla del patín.

–No se va a degollar nadie. relájate y disfruta... nena.

Me guiñó un ojo. Segunda vez que me decía aquello en un solo día. Pues malditos fueran sus “disfruta, nena”, porque había que ver qué nerviosa me ponían. Tiraba de mí con muchísima suavidad, haciendo que la inercia guiara mis pies. Yo no tenía que preocuparme, sólo disfrutar. Y en un momento dado, dio un tirón más fuerte, soltó mis manos y, con un movimiento rápido, se colocó detrás de mí. Pegó su pecho a mi espalda, rodeó mi cintura con sus brazos y colocó su barbilla sobre mi hombro. Así, en aquella postura, patinamos durante un rato. Había entre nosotros una intimidad extraña.

–Christine...

Fue sólo un susurro en mi oído, pero su aliento me rozó como una pluma y se me erizó el vello de todo el cuerpo. Sus manos apretaron aún más el abrazo. Sabía qué estaba pensando, porque yo sentía lo mismo.

Las ganas de llorar que había contenido me hicieron un nudo inmenso en la garganta. Él seguía allí, respirando contra mi cuello y a mí se me hizo insoportable la idea de que se fuera. ¿Y si Amparo tenía razón? ¿Y si aquello era amor y yo me estaba empeñando en luchar contra lo que sentía? ¿Qué sería de mí cuando se fuera? No estaba segura de poder superar otra pérdida. Y lo cierto es que nunca había estado tan cómoda con Fran como lo estaba con Jaime. Él era como una tarde en casa, con el sofá y una manta.

Me zafé como pude y me deslicé torpemente hasta la barandilla. Él llegó antes de que yo pudiera darme cuenta.

–Jaime, yo...

No me dejó hablar. Se acercó a mí, cogió mi cara entre sus manos y me besó. Fue un beso suave, dulce. Sentí que se me llenaba el estómago de mariposas que volaban en todas direcciones. No sé cuánto tiempo estuvimos

así, pero sí sé que éramos incapaces de despegarnos. Era como si nos necesitáramos. Como si besarnos nos aliviara una necesidad que no sabíamos que teníamos. Cuando por fin nos separamos, él me miraba con los ojos muy abiertos.

–Guau –dijo, alucinado.

–No me hagas esto –pedí.

–¿Hacerte? –Noté la confusión en sus ojos achinados–. ¿Es que no lo notas? ¿No sientes la misma corriente eléctrica que siento yo?

Quizás lo mejor fuera mentirle, decirle que no, que yo no sentía nada. Pero estaba allí, con mis manos apoyadas en su pecho, sin poder apartarme, y cada uno de los poros de mi piel suplicaban su contacto. No podía.

–Sí, Jaime. Pero tú te vas dentro de dos días. Pasado mañana. Y yo me voy a quedar aquí.

–Podemos...

–Ni me hables de una relación a distancia –zanjé.

–Nos merecemos esto, Christine.

En su tono había algo desesperado. Lo entendía. Era como si hubiéramos nacido para estar juntos. Era natural, nada forzado. Negué con la cabeza.

–Qué más da. Cuando vuelvas a Madrid te olvidarás de mí y encontrarás a alguien. Es como terminar un romance de verano demasiado intenso.

Chasqueó la lengua.

–En estos años en Madrid nunca encontré a nadie. ¿Qué te hace pensar que voy a hacerlo ahora? Te buscaba a ti, sólo que no lo sabía.

Quise llorar. Me parecía tan injusto tener que renunciar a él... pero no estaba dispuesta a dejarlo todo e irme. Otra vez no. Tenía una vida y un negocio que, aunque no me apasionaba, funcionaba. Y también tenía un orgullo herido que me impedía volver a renunciar a todo para seguirle a él. Simplemente, no podía. Jaime pareció leerme la mente, aunque quizás fuera

la expresión de mi rostro la que me delató.

–No voy a pedirte que vengas conmigo. Ni a hacerte pasar otra vez por las implicaciones de una relación a distancia. Pero yo no soy como él, Christine. No es justo que me juzgues con la misma vara. –No contesté. No podía–. Sólo te pido una noche. Déjame al menos llevarme un buen recuerdo. Mañana me despediré de ti, te lo prometo.

¿Cómo iba a decirle que no?

–Pero mi casa...

–Llama. Pídeles a Amparo y Juanjo el último favor. Quédate conmigo, Christine. Llévame a pasear. Enséñame la ciudad. Llévame a comer al mejor restaurante que conozcas. Duerme conmigo, déjame llevarme a Madrid el recuerdo de tu olor al despertarme por la mañana.

Cedí, claro. Llamé a Amparo, que casi aplaudió y me dijo que ella se encargaba de todo. Me pidió que apagara el móvil y que me dedicara a disfrutar de nosotros. Yo estaba tan nerviosa que creí que me iba a desmayar en cualquier momento.

No paseamos por la ciudad. Ni fuimos a comer a ningún restaurante. Sólo nos volvimos a besar y, sin volver a soltarnos, nos dirigimos al hotel más cercano que encontramos.

Capítulo 7

23 de diciembre.

Por primera vez en mucho tiempo, me desperté tarde. Entraba la claridad a través de las cortinas y hacía bastante calor. Las piernas de Jaime estaban enredadas alrededor de las mías y respiraba profundamente. La tarde y noche anterior no habíamos hecho más que descubrirnos y fundirnos uno con el otro hasta acabar exhaustos y satisfechos. Pero allí, a la luz del día, de repente tuve ganas de irme. Tenía una opresión en el pecho que iba a reventar en cualquier momento y me moría de vergüenza. Le miré mientras dormía. Sus ojos achinados, su barba de tres días. Sentía la necesidad absurda de hundir la cara entre sus clavículas y llorar, o rogarle que se quedara allí, conmigo. Pero no podía ser tan egoísta. No podía decirle que no quería irme con él y pedirle después que él que lo hiciera por mí.

Se iría, llevándose con él todo lo que él mismo había reconstruido y dejándome un vacío aún mayor que el que sentía cuando llegó. Sin poder contenerme, rompí a llorar. Jaime se despertó.

–Nena, ¿qué pasa?

–Sólo lo voy a decir una vez –contesté, hipando–. Y te juro que no lo voy a repetir ni a pedirte nada, pero no soporto pensar que mañana te irás y que no volveré a verte.

No contestó, sólo me apretó contra él y dejó que llorara hundida en su pecho. Noté sus músculos, contraídos por la tensión. No hacía falta que dijera nada. Yo sabía que él sentía lo mismo. Cuando me recuperé, nos fundimos en un último abrazo. Después me escapé a la ducha. Necesitaba empezar a desengancharme, y la desintoxicación pasaba por borrar su olor de mi piel, por mucho que me pesara. Desde allí escuché que hablaba por teléfono, aunque no pude escuchar la conversación. Y eso que lo intenté. A veces me puede mi alma de maruja.

–¿Con quién hablabas? –pregunté mientras me secaba el pelo con una toalla.

–Con Amparo.

Estaba mintiendo, lo sabía, pero no le di mayor importancia. Me vestí – con la misma ropa del día anterior– y salí para darle el relevo. Para cuando los dos estuvimos listos, yo ya había decidido que necesitaba empezar a marcar distancia. Al día siguiente se iría, así que debía empezar a despedirme ya.

–¿Nos vamos ya? –pregunté, aunque sonaba más a afirmación.

–¿Al pueblo? No.

–¿Cómo que no?

–Que no. Aún tenemos una cosa que hacer aquí.

–Si por ti fuera llevarías mi negocio a pique.

–Al menos así tendrías una cosa menos para atarte aquí y podría arrastrarte conmigo.

El tono era de broma, pero no lo parecía en absoluto. No quise darle bola.

–¿Y qué nos queda por hacer aquí?

–Compras.

–No. Me niego. Las compras son mi infierno personal.

–Faltan dos días para navidad.

–Debes estar de coña.

No, no lo estaba. Después de pagar en el hotel salimos hacia el parking donde había dejado el coche. No quiero ni recordar lo que me costó la broma. Desde allí nos fuimos a un centro comercial en las afueras. Eran las doce de la mañana y ya nos costó aparcar. Debía estar allí la comunidad autónoma entera, porque estaba abarrotado de gente. Apoyé la cabeza contra el volante.

–Por favor te lo pido, no me hagas entrar ahí.

–Vamos a entrar y a disfrutar mucho.

Volví a mirar alrededor.

–Pero, ¿tú has visto cómo está esto? Jamás había visto tanta gente junta. Y eso que vivía en Londres.

–Ay por dios, qué exagerada eres.

Dando un portazo, se bajó del coche. Le seguí. Intentó darme la mano, pero me solté y las metí en los bolsillos del pantalón.

–¿Qué pasa, ahora te molesta? –Vale. Estaba oficialmente enfurruñado.

–No creo que vaya a hacérselo más fácil.

A lo mejor todo aquello sólo tenía sentido en mi cabeza, no lo sé. Por no seguir discutiendo eché a andar y, una vez dentro, me encontré en medio de una marabunta de gente. Gemí.

–Esto es el infierno.

Hizo caso omiso de mis palabras.

–Bueno, ¿por dónde quieres empezar?

–¿Yo? –pregunté, sorprendida–. Pensé que veníamos a comprar regalos para tu familia.

–Ah, no. –Negó con la cabeza–. Nosotros hacemos el amigo invisible y apañado. Me ha tocado mi cuñado y voy a regalarle una botella de vino regulero. Va que chuta.

–¿Y a quién esperas que le compre regalos?

–A tu familia.

–No están aquí.

Y lo dije de malas formas porque, gracias a mi necedad, ni siquiera podría pasar la navidad con ellos.

–Mira, vamos a hacer una cosa. –Jaime había recuperado la dulzura en la voz–. Tú cómprales regalos, y mañana los colocas debajo del árbol. Déjalos ahí hasta que vengan a verte, seguro que les hace ilusión.

A mí me parecía una chorrada, la verdad, pero como de todas formas un

árbol con regalos siempre queda bonito, decidí que lo haría. Luego podría enviárselos el día veintiséis. Llegarían tarde, pero esperaba que fuera una buena forma de limar asperezas y de que ellos aceptaran las disculpas de su hija pródiga. Ni siquiera sabía qué comprarles y las tiendas estaban atestadas.

–Oye, Jaime, he pensado que mejor te doy a ti mi tarjeta de crédito y me ahorras el mal trago.

–Ni hablar. Sufre como todos, guapa.

–Creo que estoy teniendo una bajada de tensión.

–Mucho cuento es lo que tú tienes. Desfilando.

Entré en una macrotienda de electrónica, esperando encontrar algo para mi hermano, pero me di cuenta de que no tenía ni idea de si ya tenía auriculares o no, de si escuchaba vinilos originales o si prefería tener toda su música en un iPod como el de Jaime. Me sentí fatal.

–Jaime, necesito hacer una llamada. ¿Me das un momento?

–Claro. Vuelvo en un rato.

Cuando se fue, llamé a mi hermano. Descolgó al quinto tono.

–No doy crédito –dijo, sin saludar ni nada–. ¿Christine?

–Pues claro que soy Christine.

–¿Seguro?

–¿Quién iba a ser si no?

–Igual te han robado el móvil y...

–¡Que soy yo, imbécil!

–Sí, no hay duda. Eres Christine. –Tapé el micrófono del móvil y suspiré–.

¿Pasa algo?

–¿Por qué iba a pasar algo?

–Es que nunca llamas.

–Tienes razón, Caleb. Soy un desastre.

No sabía qué más añadir. Me dieron ganas de colgar, pero no quería ser

tan mala hermana.

–¿Qué ha cambiado?

–¿Cómo?

–Bueno, estás llamándome, así que algo ha cambiado. ¿Qué es?

–¿No puede ser sólo que te eche de menos?

–Sí, ya. Suéltalo.

–No ha cambiado nada, es que pasado mañana es navidad y he pensado...

–Hay un tío, ¿a que sí?

–¡Caleb!

–Sí. Hay un tío. Cuéntales a mamá y papá esa milonga de la navidad si quieres, pero si mi hermana se ha vuelto un ser amoroso, es que hay un tío.

Maldije y solté una retahíla de tacos en los dos idiomas que manejo, pero como tenía razón, al final tuve que recular.

–Vale. Hay un tío.

Escuché cómo daba gritos. Casi me deja sorda. Medio minuto después ya no estaba hablando sólo con mi hermano. Había puesto el manos libres y allí estaban también mis padres.

–Venga, cuéntanos quién es el tío ese –pidió Caleb.

–Te mato, te juro que te mato –contesté.

–¡Christine! ¡No amenazas a tu hermano! –riñó mi madre.

–Por favor, calma –zanjó mi padre.

Pero quién me mandaría a mí... en fin. Valor y al toro, Christine.

–Vale, a ver. Sí, he conocido a un hombre. Se llama Jaime, vive en Madrid y...

–Jaime, qué nombre tan bonito. Puedes ponérselo a alguno de tus hijos.

–¡Mamá!

–Ay hija, que susceptible estás. Sigue.

–No hay mucho más que contar. Vive en Madrid y se va a ir, fin de la

historia.

–¿Cómo que fin de la historia? –preguntó mi madre.

–Hombre, no pensaréis que después de lo de Fran...

–Ni me hables de ese cabrón –gruñó mi padre, mientras Caleb le daba la razón.

–Bueno, que ya está, él se va y yo no sé porqué demonios estoy debatiendo esto con toda la familia. Sólo llamaba para ver qué tal estáis.

–Ah no, de eso nada. No se te ocurra cambiar de tema. –Mi madre puede ser de un insistente que mete miedo–. ¿Cómo que se va a ir? Pero, ¿él te quiere?

–Es un poco pronto para eso, mamá.

–¿Le has pedido que se quede contigo?

–¡Claro que no! ¿Cómo voy a hacer eso? ¡Aquí ni siquiera tendría trabajo!

–Pues vete tú con él –intervino Caleb–. Que parece tonta.

–¿Y tú te crees que yo tengo ganas de volver a dejarlo todo después de lo de Fran?

–Ni me hables de ese cabrón –repitió mi padre, que debía haber entrado en bucle.

–¡Fuera todo el mundo! –gritó mi madre–. Quiero hablar con mi hija a solas.

Esperé, mientras escuchaba como mi padre y mi hermano salían de la habitación. Mi madre cuando quiere da mucho miedo.

–Hija, voy a darte un consejo. No dejes que el miedo aparte de ti al hombre que quieres. Sé que es difícil, pero piensa que, seguro, merecerá la pena.

–Tienes razón, mamá. Tengo miedo.

–Pues con el miedo no se ganan batallas, hija.

Le di la razón y hablé un rato con ella de cosas banales. Le conté que

había puesto el árbol, y que todos los días volvía a haber bizcocho recién hecho. Ella afirmó que aquel chico me hacía mucho bien. Después colgué con pena y me fui a buscar a Jaime, para poder seguir dando vueltas en aquel infierno del consumo.

La vuelta a casa fue triste. Volvimos callados, yo concentrada en la carretera y él con la mirada perdida hacia el exterior. No habíamos puesto música, y creo que cada uno de nosotros estaba sumido en sus propios pensamientos. Le di muchas vueltas a la conversación con mi madre. A esas alturas era imposible obviar que me había enamorado. No sabía cómo había ocurrido y menos tan rápido, pero negarlo era una estupidez. Así que debía tomar alguna decisión y ser consecuente. Si decidía dejar que se fuera, debía asumirlo cuanto antes y no protestar, ya que sería mi decisión. Sabía que tarde o temprano le olvidaría y que encontraría a alguien. O acabaría a tortas con Amparo por el amor de Juanjo. Aunque aquello era cobarde, y yo lo sabía, no me lanzaría al abismo de la incertidumbre que suponía para mí una relación a distancia. O podría hacerle caso a mi madre, y lanzarme de nuevo de cabeza a otra relación estable. O irme con él, pero la verdad es que eso me generaba demasiada ansiedad.

Cuando me di cuenta, ya habíamos llegado y estaba triste y nerviosa. Jaime me había prometido el día anterior que tras aquella noche se despediría de mí. Él bajó arrastrando los pies. Parecía que le pesaban los hombros. Yo me dirigí a la casa, pero él me detuvo.

–Espera, Christine. Yo no... no puedo entrar ahí ahora. Déjame despedirme aquí fuera.

“Despedirme”. Tragué saliva para aflojar el nudo de mi garganta. Nos abrazamos.

–Ojalá fuera más valiente –murmuré.

–Ojalá me dejaras quererte.

No dijimos más, porque no hacía falta. Jaime me besó el pelo, los ojos, la nariz, las mejillas. Acabó en mis labios, donde dejó un beso dulce con sabor a despedida. Después se fue en dirección al pueblo. Y yo volví a casa, que aquel día me pareció más grande e inhóspita que nunca.

Capítulo 8

24 de diciembre, mañana.

Había dormido muy poco. Di muchas vueltas en la cama aquella noche. También lloré, claro, y para cuando me dieron las seis y media de la mañana había tomado dos decisiones. La primera, que haría que aquella nochebuena fuera especial. Por mí, por los clientes que la celebraban allí, y por Amparo y Juanjo, a los que invitaría a cenar en casa. Instauraría la tradición de la cena multitudinaria de nochebuena, aunque me tuviera que pasar el día cocinando. La segunda decisión era más una certeza. Jaime tendría que pasar por la recepción, aunque fuera a pagar su estancia y hacer el *check-out*, ¿no? Cuando eso ocurriera le diría que sí. Así, en absoluto, a cualquier cosa que me pidiera.

Bajé. Lo primero que hice fue enchufar el árbol y encender la chimenea. También coloqué debajo los regalos de mi familia, más que nada por hacer bulto, algunos detalles que había comprado para mis clientes, y también para Juanjo y Amparo. Durante todo la nochebuena y el día de navidad el salón estaría así. Con luces de colores, con calor, con el espíritu navideño que acababa de recuperar. Todos mis clientes lo verían todo bien bonito en cuanto bajaran las escaleras. Después me encerré en la cocina para preparar tres bizcochos: Uno de castañas, otro de chocolate y un tercero especiado con nuez moscada y jengibre. No había rescatado los centros de mesa, pero puse una vela en cada una. Olía a navidad y todo tenía un aspecto muy acogedor. Más tranquila y bastante más animada, me dirigí al mostrador de recepción para ponerme al día. Allí encima había dinero y un sobre blanco. Conté el dinero, era lo justo para cubrir el coste de la estancia de Jaime. El sobre sólo traía mi nombre. Sabía de quién era y el mundo comenzó a girar demasiado rápido. Me temblaban las manos cuando lo abrí.

Christine:

Lo prometido es deuda. Te dije que me despediría de ti ayer y no voy a volver a hacerte pasar por eso. Tampoco estoy seguro de poder hacerlo yo. Quizás sea muy atrevido decir esto, pero creo que me he enamorado de ti. No entiendo cómo ha ocurrido en tan poco tiempo, pero sí sé que no soy capaz de volver a verte e irme sin ti. Pensar en ti, en que tengo que dejarte marchar, o dejarme ir, por una serie de razones que no comprendo bien, me destroza. Me destroza. Por eso, creo que esto es lo mejor. Ojalá pudiera cogerte la mano y llevarte conmigo a ese Madrid que nunca me dio lo que necesito. Ojalá me pidieras que me quedara contigo. Ojalá los dos hubiéramos decidido empezar algo bonito. Hubiéramos encontrado la forma.

Nos faltó valor y nos sobraron miedos, Christine.

J.

Me lo había pedido por activa y por pasiva. “Dame una razón para quedarme, dame algo a lo que aferrarme”. Pero yo no le había dado nada y ya no sabía si esto era lo mejor. Se me habían olvidado las razones que me parecían tan lógicas y ya sólo me parecía que había dejado marchar a un hombre al que quería –y que me correspondía– por un montón de miedos absurdos. Estaba renunciando a la potencialidad de tener algo de verdad por primera vez en mi vida. Me eché a llorar. Sabía que tenía bien merecido el vacío que iba creciendo en mi pecho.



24 de diciembre, Nochebuena.

El resto del día pasó como envuelto en una neblina. Sé que fui a la compra y que, como aquello era tan pequeño, conseguí lo necesario para preparar una cena decente a pesar de haberlo dejado para el último momento. En total seríamos once personas: Ocho clientes (dos de ellos niños que se habían vuelto locos con el árbol mientras miraban de reojo la montaña de regalos), Juanjo, Amparo y yo. Compré comida para un regimiento, de forma que sobrara también para la comida de navidad. Cociné prácticamente el día entero, pero si soy sincera no recuerdo el menú. Era una especie de autómatas y mis pensamientos volvían una y otra vez al mismo sitio. Una sensación de pérdida lo llenaba todo.

A las ocho y media de la tarde todos mis clientes bajaron al salón, donde yo había colocado todas las mesas en fila. Las cubrí con un mantel navideño lleno de renos, de manera que formaban una única mesa alargada, donde nos sentaríamos todos. Les serví vino a los mayores y un chocolate caliente a los dos invitados más pequeños. A las nueve menos cuarto llamaron a la puerta. Allí estaban Juanjo y Amparo. Ella llevaba una tarta de dimensiones mastodónicas y él, una bolsa con un regalo. Me dieron un beso, cada uno en una mejilla.

–Feliz navidad, mi niña –me dijo Amparo, con un cariño que me desbordó.

–Gracias. –La abracé con fuerza–. Sois mi familia en este pueblo. Pasad, por favor.

Juanjo dejó el regalo bajo el árbol y ella entró con soltura en la cocina para dejar la tarta. No había terminado de servirles su copa de vino cuando volvieron a llamar a la puerta. Aquello me sorprendió. No esperaba a nadie más. Cuando abrí, mi sorpresa fue mayúscula. Allí estaban mis padres y Caleb, mi hermano. Todos llevaban regalos en las manos y una sonrisa

radiante en la cara.

–Dios mío. ¡¡¡Dios mío!!! –grité– ¡¡¡¿¿¿Qué hacéis aquí???!!!!

–Tu novio nos envió los billetes ayer –afirmó Caleb–. Dijo que te morirías de pena si no veníamos, pero que no te atrevías a pedirnoslo.

Ignoré lo de “novio” y los insté a pasar. Una vez dentro, los cubrí de abrazos y besos.

–Por favor, perdonadme. Nunca debí pedirlos que no vinierais. No sabéis lo feliz que me hace teneros aquí.

–Siempre estaremos aquí para ti, hija –dijo mi padre–. Te queremos mucho.

–Aunque seas idiota –añadió mi hermano.

–Y el chico ese, ¿dónde está? Tengo ganas de conocerle. –Mi madre movía las cejitas arriba y abajo.

–Ha tenido que irse.

–Ya está. Le has espantado, ¿a que sí?

Cualquiera que tenga hermanos entenderá que la solución más práctica a este tipo de preguntas siempre ha sido una buena colleja, bien dada. Le salvó la campana. O el timbre, mejor dicho. Corrí hacia la puerta sabiendo que era él. Me lo decían las tripas. Era como una especie de intuición, como si mi sexto sentido estuviera anclado a él. ÉL.

Cuando abrí, Jaime estaba de pie allí fuera. Estaba serio.

–Mi padre me va a matar –dijo–. Sólo se me ocurre a mí dejarle solo con mi hermana y mi cuñado en nochebuena. Me va a costar la herencia.

Cerré la puerta detrás de mí. Me lancé a sus brazos, que abrió instintivamente para recibirme entre ellos.

–Jaime...

–Mañana es navidad. Después de lo pesado que he sido con eso de recuperar el espíritu navideño, no podía irme.

Me puse de puntillas para besarle. Correspondió a mi beso con alivio.

–Eres lo que le faltaba a mi nochebuena. Venga, vamos dentro.

Entramos de la mano. Al vernos, todos aplaudieron. Nosotros hicimos una reverencia, al más puro estilo Hugh Grant y Martine McCutcheon en *Love Actually*. Hice una ronda de presentaciones en la que mi madre ejerció de buena suegra diciéndole que estaba muy delgado. Luego nos sentamos todos a cenar. Menos mal que había comprado (y preparado) comida para dos días.

Cuando todos estaban inmersos en conversaciones entre sí, yo sólo estaba concentrada en la mano de Jaime sobre mi pierna. Enrosqué mis dedos entre los suyos y hablé entre susurros, de forma que sólo me escuchara él.

–Quédate. O llévame contigo. No quiero que vuelvas a irte sin mí.

–Lo haremos bien –prometió–. Yo ya no puedo irme sin ti.

Epílogo

25 de diciembre

Notaba el calor de su cuerpo y su respiración contra mi cuello. Sabía que estaba despierto, pero yo no quería abrir aún los ojos. Estaba perdida en el mundo de sensaciones nuevas y maravillosas que inundan a una persona cuando empieza una relación nueva. Jaime y yo habíamos hablado mucho la noche anterior. Ninguno iba a hacer, de momento, la locura de dejarlo todo e irse con el otro. Ya éramos mayores, teníamos obligaciones, facturas que pagar, trabajo y, en mi caso, un negocio que no tenía intención de cerrar. Por eso, me pidió que confiara en él. Vendría a verme todos los fines de semana porque, decía, Madrid no está tan lejos como Londres. Al menos durante una temporada, porque no estábamos dispuestos a separarnos tanto tiempo. El futuro era una hoja en blanco que escribiríamos juntos.

–Sé que estás despierta –susurró, en mi oído–. Venga, levántate.

–Cinco minutos más.

Me hizo cosquillas hasta que acabé pidiendo clemencia.

–¡Está bien! ¡Para! –Me levanté de la cama sin ganas–. ¿Para qué quieres que me levante tan pronto?

–Es navidad –Sonrió.

–Al final has conseguido hacerme recuperar el espíritu navideño. Enhorabuena, que lo tuyo te ha costado.

Jaime me ignoró y sacó un pequeño regalo de su también pequeña maleta. Siempre me pregunté cómo le cogía todo lo que necesitaba llevar en tan poco espacio.

–¿Es para mí? –pregunté, mientras señalaba el pequeño regalo.

–Sí. Ábrelo.

Obedecí, nerviosa. Era una caja de una joyería. Me aterroricé, y mis sospechas se vieron confirmadas cuando la abrí y me encontré una alianza, de

oro blanco, muy fina y con un pequeño diamante.

–Gracias, pero no estoy preparada para...

–No, espera. No te estoy pidiendo matrimonio. Aún no, aunque estoy seguro de que lo haré algún día. Es mi forma de decirte que cumpliré todas mis promesas. Si es lo que tú quieres, un día dejaré Madrid y vendré aquí, contigo, a quererte como te mereces.

Sonreí como una tonta y extendí el dedo, aceptando todas las promesas que quería cumplir conmigo.

–Gracias, Jaime. Te quiero.

Y lo solté así, a bocajarro. A sabiendas de que era demasiado pronto. Él me estrechó entre sus brazos.

–Yo también te quiero. Y oye, Christine...

–¿Sí?

–Feliz navidad.

Agradecimientos

De todo lo que he escrito a lo largo de mi vida, este es el proyecto más bonito para mí. Es el libro que a mí me gustaría leer en navidad, con una taza de café calentito y una buena manta. Y porque hay un montón de gente que me apoya en todas las historias –nunca mejor dicho– que se me pasan por la cabeza. A ellos. A mi chico, que me apoya en todo lo que hago con un entusiasmo que me desborda, por implicarse, por comprometerse y por darle el toque profesional. A esas amigas maravillosas que siempre quieren más y que son mis fans número uno, mi apoyo, mi departamento de marketing y las personas que más siguen mis publicaciones. A mi familia, que lleva toda la vida queriéndome. A mis padres, por estar orgullosos de su hija escritora, y porque me apoyan de forma incondicional.

A todos, gracias. Hacéis este camino mucho más bonito.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 8](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)